

ΩMEGA



Omega: peligro oculto que amenaza a la iglesia en el período final de su existencia. Elena G. de White lo percibió y dijo: "Tiemblo por nuestro pueblo". Por eso nos dejó un legado de esperanza que nos sustentará cuando nos encontremos en ese trance.

Lewis R. Walton

ΩMEGA

ACERCA DEL LIBRO

En enero de 1900 el mundo disfrutaba de paz y se proyectaba con esperanza hacia el futuro. Pero en la Iglesia Adventista se gestaba una apostasía que resultaría sumamente grave, en la que algunos de los dirigentes más brillantes y admirados de la denominación procurarían sutilmente socavar doctrinas fundamentales de la iglesia. Durante ese proceso tratarían de ganar para su causa a varios de sus elementos más capaces. Elena de White denominó a este movimiento de apostasía con la primera letra del alfabeto griego, "alfa", y advirtió que sería seguido por una apostasía mayor, a la que llamó "omega".

¿Se encuentra ahora mismo la iglesia, que está siendo criticada más desde adentro que de afuera, atrapada en la red de la apostasía omega? ¿Existen pausas dignas de confianza que sirvan de guía para los fieles en medio de la tormenta hasta que lleguen a un puerto seguro? ¿Nos arriesgaremos a aceptar "nueva luz" que socava principios fundamentales que han soportado la prueba del tiempo? Y lo más importante de todo, ¿hay seguridad de que la iglesia podrá sobrevivir a esta crisis?

OMEGA contesta estas preguntas. Sin lugar a dudas, este libro proporcionará un beneficio espiritual definido al lector.

ACERCA DEL AUTOR

Cuando Lewis Walton se graduó con honores en la Facultad de Leyes de la Universidad de San Diego, Estados Unidos, no se imaginaba que con el tiempo llegaría a ser uno de los portavoces de la iglesia. Pero Walton, que practica la abogacía en la ciudad de Bakersfield, California, se ha convertido precisamente en un talentoso defensor de algunas de las verdades básicas de la denominación. Durante 18 años, mientras estuvo enseñando en tres colegios y facultades universitarias, investigó la historia inicial del movimiento adventista. Con agilidad periodística y una cuidadosa documentación, sugiere paralelismos dramáticos entre el pasado y el presente de la iglesia.

Lewis R. Walton

ΩMEGA

PUBLICACIONES INTERAMERICANAS

Bogotá – Caracas – Guatemala – Madrid
Managua – México – Panamá – San José,
C.R. – San Juan, P.R. – San Salvador – Santo
Domingo – Tegucigalpa

Título de este libro en inglés:

Omega

Traducción:

Sergio V. Collins

Portada: Nery Cruz

Derechos reservados

Copyright © 1982 by

Pacific Press Publishing Association

Se prohíbe la reproducción total o parcial de
esta obra sin el permiso de los editores.

Editado e impreso por

PUBLICACIONES INTERAMERICANAS

División Hispana de la Pacific Press Publishing Association:

- P. O. Box 7000, Mountain View, California 94042, EE. UU. de N.A.
- Apartado 86, Montemorelos, Nuevo León, México.

Primera edición, 1982

7,500 ejemplares en circulación

ISBN 0-8163-9969-7

Offset in U.S.A.

Spanish-Omega

DEDICATORIA

A Lee R. y Mabel B. Walton, maestros que hicieron vivir las
páginas de la historia.

“El permanecer de pie en defensa de la verdad y la justicia
cuando la mayoría nos abandone, el pelear las batallas del
Señor cuando los campeones sean pocos, ésta será nuestra
prueba” (E. G. de White, *Joyas de los testimonios*, t. 2, p. 31).

Indice

Prólogo.....	5
Introducción.....	7
“Le ayudaría si pudiera hacerlo”.....	9
“Recibimos las aflictivas noticias”.....	15
“Una espada ígnea”.....	23
“Usted es el hombre. . .”.....	34
La apostasía omega.....	42
“Cada uno tendrá que soportar la prueba”.....	57
Nueve puntos sobresalientes.....	64
“Como un huracán asolador”.....	72
Referencias.....	77

Ω Prólogo

HE AQUI un libro diferente, comenzando con su título intrigante. En efecto, *Omega* se distingue por su estilo dinámico, que atrapa al lector desde el primer párrafo, y por estar dedicado a un tema de apasionante interés para todo miembro de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Este doble mérito explica el hecho de que en pocos meses el libro haya alcanzado varias ediciones en su idioma original y haya sido objeto de amplia publicidad, incluso por parte de observadores ajenos a la iglesia.

Omega informa y hace pensar. Su autor, el abogado adventista Lewis R. Walton, pinta hábilmente el marco político y cultural que rodeó a comienzos de siglo la manifestación de una crisis doctrinal y administrativa que sacudió las estructuras del adventismo. En forma vívida describe la actitud disidente de John Harvey Kellogg y Albion F. Ballenger, y su negativa a aceptar las exhortaciones de los dirigentes de la denominación. Expone los entretelones de este drama y destaca el papel que en él le cupo a Elena de White, quien no sólo calificó este fenómeno como el “alfa” de la apostasía, sino que predijo que en su debido momento surgiría la “omega”.

Y aquí es donde el libro obliga a reflexionar. ¿En qué consiste la apostasía omega? ¿Pueden advertirse en nuestros días algunas de sus manifestaciones? ¿Qué lecciones entrega el pasado a los adventistas de hoy, en este momento decisivo de nuestra historia?

Walton ofrece una interpretación el sentido de la omega y lo hace persuasivamente. Al mismo tiempo puntualiza algunas probables características de esta apostasía, relacionándolas tácticamente con la problemática actual de la iglesia y alertándonos en cuanto a una serie de peligros presentes y futuros que no debemos desconocer.

Aunque algunos puedan disentir con las tesis postulada respecto al significado de la apostasía omega, los principios en juego —que subyacen a lo largo del libro— son enteramente válidos. Tanto la crisis que la joven Iglesia Adventista sufrió a comienzos de siglo como los conflictos que experimenta ahora en plena madurez denominacional, no son sino episodios salientes de una lucha cósmica entre el bien y el mal. El enemigo, si bien invisible, es

aguerrido y astuto. Y nosotros, protagonistas obligados en esta guerra espiritual, somos débiles y susceptibles de ser engañados. Pero Cristo es más poderoso, y aferrados a él y a su Palabra la victora es segura.

Entre el momento presente y el triunfo definitivo de la iglesia, media tan sólo la terminación de la sagrada misión de preparar al mundo para el retorno glorioso de nuestro Salvador. No se la completó en un momento muy favorable, a comienzos de siglo, debido a corrientes de apostasía que debilitaron nuestras fuerzas. ¿Permitiremos ahora que ocurra algo semejante?

Tal es la pregunta con que el autor cierra su libro, y cuyo eco queda resonando con proyecciones de honda repercusión. Quiera Dios que la lectura de estas páginas y la ministración del Espíritu Santo contribuyan eficazmente a afirmar nuestra decisión de ser leales a Dios y a nuestro cometido como iglesia. Tal es el deseo de

LOS EDITORES

Introducción

EL SENADOR MARK HANNA poseía una personalidad imponente, y no por ser calvo dejaba de ser bien parecido. Cuando hablaba, esperaba ver resultados. En una ocasión, por ejemplo, mediante sus esfuerzos personales había conseguido colocar a William MacKinley en la silla presidencial de los Estados Unidos, en 1897. El año 1900 dio nacimiento a un nuevo siglo, reluciente como una moneda recién acuñada. El senador Hanna pensaba que la situación nacional no podía ser más satisfactoria y que el futuro conduciría al país a alturas insospechadas. "Los altos hornos resplandecen al rojo vivo —exclamaba—. Los husos zumban con agradable canción. ¡La prosperidad nos inunda de felicidad!"

El senador por el Estado de Ohio no era el único que veía el futuro color de rosa. El 1º de enero de 1900, los meses venideros se perfilaban rebosantes de profnesas como mañana de primavera. La paz reinaba en la mayor parte del mundo. China, con sus cientos de millones de habitantes mantenía sus puertas abiertas a los viajeros y al Evangelio. Dentro de la enorme extensión geográfica denominada por sus habitantes como la Gran Rusia, todavía reinaba la tranquilidad, porque aún no se habían desatado los acontecimientos trágicos que pocos años más tarde ensangrentarían el país. Sin embargo, en la caldera social ya comenzaban a hervir los problemas que no tardarían mucho en reclamar imperiosamente soluciones y cambios drásticos. Dos décadas después, los estampidos de las armas de fuego bajo las ventanas del palacio de invierno del zar de Rusia cambiarían definitivamente el curso de la historia y las posibilidades para el desarrollo de la obra de Dios en ese país. Vastos e importantes cambios comenzaban a perfilarse debidamente en el horizonte histórico, como un grisáceo frente de lluvia distante que anuncia la proximidad de la tormenta; pero en el día de año nuevo de 1900, la mayor parte de la gente veía únicamente la luz del sol.

"El que no consiguió hacer dinero el año pasado, es un caso perdido", declaraba el director de un diario, y un clérigo neoyorquino se congratulaba porque "las leyes se están tornando más justas y los dirigentes más humanos; la música está siendo más armoniosa y los liros más sabios".

Una de las pocas voces que expresaban desacuerdo, oponiéndose a la opinión general, era la de una ancianita que ese 1º de enero se encontraba en Nueva Gales del Sur, Australia. Se llamaba Elena G. de White. Había estado anunciando durante varios años, de modo cada vez más definido, que una gran catástrofe no tardaría en sobrecoger al mundo. Aunque sus comentarios discrepaban con el sentir general, los sostuvo en una forma digna de ser notada. "Pronto habrá muerte y destrucción,

aumento de las actividades criminales y fuertes calamidades que sobrecogerán a los ricos que se han enaltecido a expensas de los pobres. Quienes no cuenten con la protección de Dios no encontrarán seguridad en ningún lugar o posición. Instrumentos humanos están siendo preparados y están empleando su capacidad de invención para poner en acción medios sumamente poderosos para herir y matar... Es necesario esparcir los recursos económicos y los obreros".* Estas extrañas palabras constituían una nota discordante en la disposición de ánimo imperante en aquel momento, y se escuchaban con menos facilidad que las complacientes declaraciones del clérigo Newell Hillis, quien hablaba a su congregación de Brooklyn en cuanto a libros sabios y música armoniosa. Pero en ese primer día del nuevo siglo, la gente habría hecho bien en prestar cuidadosa atención a las advertencias expresadas por Elena G. de White, porque en el pasado con mucha frecuencia había demostrado tener razón, de modo que no era posible ignorarla impunemente.

Esa mañana de Año Nuevo nadie se encontraba en condición de saber que las predicciones de la Sra. White estaban a punto de cumplirse. Ese mismo mes Lenin sería puesto en libertad de su lugar de detención en Siberia y cruzaría Rusia en busca de la seguridad que le ofrecía Europa Occidental. Inglaterra, Francia y Rusia, preocupadas por la confederación alemana que comenzaba a surgir, se encontraban ocupadas en consolidar la Triple Alianza. En Zurich, Suiza, un joven estudiante universitario llamado Alberto Einstein, pasaba su tiempo escribiendo extrañas fórmulas y soñando con la posibilidad de transformar la materia en energía (principio que luego descubrió y que pocas décadas después permitiría fabricar la bomba atómica).

El día de Año Nuevo de 1900, los barcos británicos cabeceaban perezosamente amarrados a sus boyas en el río Huang-pu, en Shanghai, bañados por el débil sol invernal. En San Petersburgo, la nobleza rusa se paseaba en vistosos trineos a lo largo de las riberas del río Neva, para luego dirigirse alegremente a sus mansiones a fin de cambiarse para asistir a la fiesta de la noche. Eran los días culminantes de lo que la sociedad rusa denominaba "la temporada", una serie de noches rutilantes con elegantes vestidos de raso blanco y uniformes cuajados de decoraciones, de fiestas de la que "nadie pensaba retirarse antes de las 3:00 AM." y en las que los oficiales se quedaban hasta que el cielo comenzaba a colorearse de tintes perlinos, rosados y plateados al amanecer.

Ese día de Año Nuevo el Conde Alfred von Schlieffen, residente de Berlín, ya sabía que cuando se declarara la guerra, se extendería primero por las apacibles llanuras de Bélgica. Lo sabía porque los mapas bélicos ya estaban preparados.

En los escritos de la Iglesia Adventista, las palabras resuenan en un postrer y desesperado esfuerzo por llamar al atención antes de que fuera demasiado tarde: "Instrumentos humanos están siendo preparados y empleando su capacidad de invención para poner en acción medios sumamente poderosos para herir y matar... Es necesario esparcir los recursos económicos y los obreros".

Lo que para el mundo parecía ser la mañana, en el reloj de la historia era el crepúsculo, por lo que el sol que calentaba el primer día del año 1900 era el postrer momento dorado de oportunidad para trabajar en paz, la cual se desvanecía rápidamente en las sombras que comenzaban a insinuarse.

La obra de Dios todavía podía efectuarse a la luz del sol. Tan sólo una cuestión quedaba por dilucidarse: ¿Respondería su pueblo?

CAPITULO 1

“Le Ayudaría si Pudiera Hacerlo”

EL 1.º DE ENERO DE 1900, Elena de White se levantó temprano y se dio su acostumbrado baño de esponja. Luego se vistió y se dirigió prestamente a su silla de trabajo. Las primeras horas del día eran las mejores para ella, porque estaba libre de las frecuentes interrupciones de la vida cotidiana. A pesar de que esas madrugadas solían ser resultado de noches pasadas en vela debido a los fuertes dolores experimentados, ella había aprendido a sacar el mejor partido de la situación. Por eso, antes del desayuno normalmente había completado varias horas de trabajo laborioso.

El día mencionado sentía profunda preocupación debido a un problema en particular, que en el transcurso de los años anteriores se había convertido en objeto de ansiedad. El problema era el siguiente: ¿En qué dirección empujaba el Dr. John Kellogg la obra médica adventista? Este talentoso profesional era un antiguo amigo de los White que había pasado muchas de sus horas juveniles en el hogar de ellos. A la Sra. White le agradaba escribirle, como decía ella, "en la forma como una madre escribiría a su hijo". Sin embargo, últimamente habían estado sucediendo cosas extrañas y perturbadoras en Battle Creek, ciudad donde funcionaba el gran sanatorio adventista dirigido por el Dr. Kellogg; y esos acontecimientos insólitos eran presagio de tormenta. Contrariamente a los repetidos consejos y exhortaciones de la Sra. White, la ciudad de Battle Creek se había convertido en una populosa colonia adventista que cada día resultaba más difícil de dirigir. Durante años ella había amonestado a los dirigentes y feligreses acerca del peligro que representaba la práctica de concentrar talentos profesionales y recursos económicos en un mismo lugar, pero a pesar de eso, en 1900 las instituciones adventistas predominaban en dicha ciudad. Cerca de las riberas del río Kalamazoo se alzaban los edificios de la casa editora Review and Herald, cuyos administradores se encontraban activamente dedica-

dos a la tarea de imprimir libros para casi cualquier cliente que estuviera dispuesto a pagar. A una cuadra de distancia, el templo llamado Dime Tabernacle alzaba su imponente estructura con capacidad para 3.400 personas. En ese lugar, donde los sábados de mañana funcionaban 173 clases de escuela sabática, ciertos grupos luchaban por obtener el control, y por un breve tiempo los fondos de los diezmos se emplearon para hacer frente a los gastos de funcionamiento de la iglesia. A un kilómetro y medio de ese sitio se alzaban los edificios administrativos de la Asociación General de la Iglesia Adventista, el colegio de Battle Creek, la fábrica de alimentos que progresaba con rapidez, un orfanatorio y unos mil adventistas cuyas casas se amontonaban en un sector en el que abundaban tanto los especuladores en compra y venta de terrenos y casas, que la gente, a veces divertida y a veces disgustada, calificaba la zona como "el campamento minero adventista".²

Este vasto conglomerado de instituciones adventistas estaba dominado por el extenso y grandioso conjunto de edificios denominado Sanatorio Adventista de Battle Creek, que se extendía a lo largo de trescientos metros en la calle Washington y en el que más de mil empleados comenzaban a considerar su trabajo como muy poco más que un medio de ganar dinero para vivir, como había advertido Elena de White. Para una iglesia que predicaba el valor del ministerio personal, ése era un peligro real y significaba que desde el punto de vista de la predicación del mensaje a través de la obra del sanatorio, esa institución, que era uno de los componentes de la iglesia adventista, estaba muriendo.

Durante varios años los presagios que llegaban desde el Sanatorio de Battle Creek habían causado preocupación, y habían hecho temer de que esta gran institución con el tiempo pudiera escapar del control de la iglesia. Kellogg ya había dado una muestra de lo que era capaz de hacer. En 1895 había fundado el Colegio Médico Misionero Norteamericano, y había comenzado a separarlo del control de la iglesia. "Este no es un colegio sectarista", había declarado, porque aquí no se enseñarán "doctrinas sectarias".³

Debido a que el sanatorio era el elemento más poderoso de la iglesia, si la Iglesia Adventista deseaba asegurar el futuro de su institución más importante, tarde o temprano tendría que hacerle frente a John Harvey Kellogg.

Kellogg era hombre de baja estatura y enérgico, que acostumbraba vestir de blanco y calzar botines. Con frecuencia, mientras se dirigía a su trabajo en bicicleta, dictaba su correspondencia a un secretario que corría junto a él. Kellogg era una persona compleja y fascinante con un don natural para la práctica de la medicina, y capaz de intimidar con su retórica: era un hombre que podía llorar

mientras leía una carta de Elena G. de White durante un culto y poco después acusarla de plagiarla; era una persona que al parecer podía hacer cualquier cosa, menos resistir la tentación de conducir el Sanatorio de Battle Creek y la totalidad del mensaje de la salud cuesta abajo, a lo largo de un camino misterioso trazado en su propia mente. Durante años la Sra. White había mantenido correspondencia con este médico, le había rogado que renunciara a sus ambiciosos proyectos concebidos para Battle Creek y que enviara el excedente de fondos al campo mundial, particularmente a las nuevas empresas adventistas que luchaban por establecerse en Australia, donde la falta de dinero había dejado a la obra en una situación bastante precaria. Como respuesta, había recibido extrañas declaraciones según las cuales el sanatorio, debido a sus reglamentos, no podía enviar dinero fuera de Michigan. Era un argumento bastante ingenioso, que podía resultar superficialmente persuasivo para el que no comprendiera las posibilidades de manipulación legal encerradas en esto. Elena de White, que había captado claramente esta situación, tal vez contempló con ojo profético lujosas oficinas en las que hábiles abogados repasaban los documentos del sanatorio, y a un vehemente hombre de baja estatura vestido de blanco sentado calmadamente con la cabeza inclinada hacia atrás, y tamborileando suavemente con los dedos sobre el brazo de la silla, mientras sus abogados llevaban a cabo su obra. "Se me han presentado asuntos que me han llenado el alma de profunda angustia —escribió Elena de White en 1898—. Vi a algunas personas en trato directo con abogados; pero Dios no estaba con ellas... Se me ha encargado que les diga que no están actuando dirigidas por inspiración del Espíritu de Dios".⁴

Resulta de gran interés el hecho de que esta declaración había llegado precisamente en el momento más oportuno, cuando Kellogg acababa de alterar astutamente la estructura corporativa del sanatorio, y le había dado una organización legal que permitiría algún día efectuar una votación que lo sacara del control de la iglesia. En 1897 había expirado el permiso legal de treinta años que le permitía funcionar como institución; las leyes del Estado de Michigan determinaban que al final de ese período la corporación debía disolverse, sus posesiones debían venderse y había que formar una nueva asociación o compañía. Si alguien deseaba introducir cambios, ésa había sido la oportunidad dorada, y Kellogg no la había desaprovechado.

El 1.º de julio de 1898, el abogado S. S. Hurlburt y un grupo de personas interesadas se habían reunido en el edificio de los tribunales de la ciudad de Marshall, Michigan, donde las posesiones del sanatorio se vendieron a un grupo encabezado por Kellogg. Ellos a su vez formaron una nueva corporación, adoptaron sus propios re-

glamentos y emitieron acciones. Era necesario hacerlo si se deseaba que el sanatorio continuara existiendo, y la Asociación General había respaldado esos pasos legales. Superficialmente, esto parecía ser nada más que una serie de formalidades, pero los que se tomaron el trabajo de leer cuidadosamente los nuevos reglamentos advirtieron el potencial que encerraban para efectuar cambios nefastos. La posibilidad de adquirir acciones, antes limitadas únicamente a los adventistas, ahora estaban al alcance de cualquier persona que deseara firmar un documento en el que prometía mantener el sanatorio como una institución “no denominacional, no sectaria, humanitaria y filantrópica”. A los que objetaban lo abaricante de esa declaración, Kellogg les respondía sin vacilación que se trataba solamente de una mera formalidad necesaria para que la corporación pudiera gozar “de las ventajas de los estatutos del Estado”.⁵ (En el año 1906 todos verían que en realidad se trataba de una trampa. Cerca de su ruptura con la iglesia, el Dr. Kellogg declararía que los reglamentos corporativos del sanatorio prohibían toda actividad de carácter sectario o denominacional, y les diría crudamente a los dirigentes de la iglesia lo que había sucedido con su gran sueño del sanatorio junto a las riberas del río Kalamazoo: “La denominación no es dueña de la propiedad, y nunca podrá poseerla, porque pertenece *al público*”).⁶

Antes de que sucediera en 1906 lo que acaba de decirse, el Dr. Kellogg había estado proponiendo una nueva idea, de alcances mucho más vastos que ninguna otra de las que hasta entonces había elaborado. Dicho sencillamente, era la propuesta de que todos los sanatorios afiliados a la iglesia en los Estados Unidos, sin importar dónde estuvieran situados, fueran sometidos completamente al control del de Battle Creek. En el momento oportuno, el Dr. Kellogg diría: “Con el fin de unir nuestros diferentes sanatorios en un solo cuerpo, la Junta Médica Misionera ha concebido el plan de que en lugar de crear una corporación completamente independiente cada vez que se organice un sanatorio ... debiera establecerse una asociación auxiliar” que esté “inseparablemente conectada” con Battle Creek.⁷

Esta era una idea que Elena de White y los dirigentes de la iglesia combatirían vigorosamente, pero en los meses venideros voces leales a Kellogg alabarían ese concepto en un coro creciente que le prestaba su apoyo, porque el sanatorio había comenzado a atraer a obreros que no estaban satisfechos con la iglesia. Había entre ellos personas de talento, con preparación en teología y medicina. Algunos habían viajado y predicado con Elena de White. Por lo menos uno era autor de himnos que una vez habían captado el espíritu del mensaje adventista. Algunos de estos disidentes —financiados, según se rumoreaba, por los abundantes fondos procedentes del sanatorio— comenzarían a preparar un libro en el que se denunciaba el trabajo de la Sra. de White como un fraude. Personajes prominentes

hablarían cada vez con mayor atrevimiento acerca de grandes transformaciones ocurridas en la iglesia, de una nueva forma de estructura, de nuevos objetivos y de una misión completamente nueva. Y mientras tanto, poco a poco, debajo de la superficie, con la protección de la riqueza de Battle Creek y mediante la capacidad persuasiva de John Kellogg, los disidentes seguirían avanzando hacia objetivos todavía cuidadosamente ocultos para todos, excepto para los ojos de una anciana de 72 años, quien estando en Australia, vio en sueños reuniones extrañas y conferencias nocturnas, y a un hombre vestido de blanco con un poder de persuasión que no era posible explicar en términos humanos.

Este es el problema que angustia la mente de Elena de White mientras el sol comienza a calentar el cielo de Cooranbong, Australia, en el día de año nuevo mencionado. El gran brazo de la obra médica de la iglesia, tan necesario para derribar los prejuicios y abrir nuevas puertas para la entrada del mensaje, estaba siendo separado inexorablemente del cuerpo principal de la organización adventista. La Sra. White toma una hoja de papel en blanco, levanta su pluma y las palabras comienzan a fluir destinadas a George Irwin, presidente de la Asociación General: “Apreciado Hno. Irwin: ... Salve al Dr. Kellogg de sí mismo. No está escuchando los consejos que debiera escuchar”.⁸

Había llegado el año 1900 y las oportunidades de terminar la obra de Dios nunca habían sido mejores. Por fin reinaba la paz en casi todo el mundo. Desde los Estados Unidos hasta la Argentina, desde Francia hasta la China, era posible viajar a casi cualquier país para predicar el Evangelio, sin tener necesidad de llevar pasaporte. La gente, deseosa de escuchar un mensaje de salud desconocido para la mayoría, se dedicaba a hacer ejercicio al aire libre y a practicar la nueva moda de andar en bicicleta. Los afortunados que tenían los medios para viajar hasta Battle Creek acudían por miles, sin sospechar las luchas y problemas que hervían bajo la superficie, y quedaban encantados con un conocimiento, aunque fuera parcial, de la verdad. Los ángeles habían hecho todo lo que el cielo podía hacer a fin de preparar al mundo para la recepción del mensaje adventista. Se había ofrecido el gran mensaje de la lluvia tardía que anunciaba la victoria en Jesús. En los Estados Unidos se había introducido una legislación nacional referente al día domingo, tras un amplio debate, y esto había sido como un faro que había alumbrado a los creyentes ociosos y los había despertado a una nueva vida de acción.

Era inconcebible que se perdiera una oportunidad como ésta, y sin embargo era lo que estaba sucediendo. El sanatorio de Battle Creek había comenzado a separarse de la iglesia, sus fondos se usaban con fines no autorizados y su estructura legal estaba siendo manipulada. En la casa editora Review and Herald se estaban impri-

miendo publicaciones mundanas; su contenido era de tal naturaleza que la Sra. White temía que los obreros que componían el material en las linotipos quedaran influidos negativamente por él. La teología básica de la iglesia estaba siendo desafiada por ideas que no eran ortodoxas, acerca de la naturaleza de Dios. La Sra. White había advertido que esas ideas, si se permitía que se desarrollaran, amenazarían verdades básicas como la del santuario celestial. En un esfuerzo desesperado por proteger a la iglesia del peligro que la amenazaba, amonestó a los padres adventistas a que no enviaran a sus hijos a Battle Creek, donde podrían experimentar el efecto "de la levadura de las insinuaciones ... introducidas para debilitar la confianza en nuestros ministros y en el mensaje".⁹ Los últimos momentos de la luz están pasando sobre el pueblo de Dios mientras compran y venden propiedades, edifican nuevas adiciones en el Sanatorio de Battle Creek, y efectúan nuevos planes.

Pronto una carta escrita por la Sra. de White pocos días antes de Navidad, llegaría hasta la mesa de trabajo de Kellogg. "Le estoy escribiendo en la forma como una madre escribiría a su hijo. Le ayudaría si pudiera hacerlo... Iría a verlo si pudiera... Si usted estuviera dispuesto a recibir los mensajes de advertencia que le han sido enviados, se salvaría de experimentar enormes tribulaciones".¹⁰

Todo está dispuesto para la escena final. Como el pueblo de Israel en el monte Sinaí, el pueblo de Dios ahora se encuentra a solamente pocas semanas de viaje de la Tierra Prometida.

Es el momento en que el mensaje adventista debe avanzar como fuego en el rastrojo.

Es tiempo de que el diablo lance su contraataque.

Es tiempo que sobrevenga un movimiento de apostasía que había recibido el nombre de alfa, primera letra del alfabeto griego.

CAPITULO 2

Ω “Recibimos las Aflictivas Noticias”

EL 18 DE FEBRERO DE 1902, en las heladas horas antes del amanecer, la campana de alarma resonó en las arcadas de ladrillo y piedra de la estación de bomberos de Battle Creek. Se encendieron las luces; los bomberos se abotonaron los pesados sacos con botones de bronce, mientras en el piso de abajo colocaban los arneses a los caballos que arrastrarían las bombas de incendio. Un conductor saltó al asiento del carro, asió las riendas y la gran máquina echó a rodar por las calles adoquinadas llenando el amanecer invernal con su traqueteo. Era un martes y el Sanatorio de Battle Creek se estaba quemando hasta sus fundamentos.

El personal nocturno consiguió salvar a los cuatrocientos pacientes mientras el edificio principal ardía envuelto en llamas. Posteriormente, uno de los hombres diría cuán inútiles habían sido los esfuerzos por apagar el fuego; el agua que arrojaban sobre las llamas tan sólo parecía hacerlas arder con mayor intensidad. Al amanecer se había quemado la mayor parte del sanatorio, y quedaba únicamente un montón de ruinas humeantes bajo el cielo invernal.

El Dr. Kellogg, que regresaba de la costa del Pacífico, se enteró de la tragedia por boca de un periodista que se encontraba en la estación central de Chicago. Entró inmediatamente en acción. Después de subir al tren que lo conduciría a Battle Creek, Kellogg pidió que su secretario consiguiera una mesa y pasó el resto del día dibujando planos para la construcción de un nuevo edificio.

“Hoy recibimos las aflictivas noticias del incendio del Sanatorio de Battle Creek”, escribió Elena de White dos días después, pero no expresó asombro. Durante muchas semanas se había estado preocupando por los acontecimientos que se desarrollaban en el sanatorio, y había pasado noches “muy inquietas” debido a una premonición que le había hecho pensar en una posible catástrofe. “En esta hora, quisiera pronunciar palabras de sabiduría, ¿pero qué podría decir?

Sentimos aflicción por la situación de las personas cuyos intereses de la vida están unidos a esta institución... En realidad, podemos llorar con los que lloran".¹ Sin embargo, ella tenía algunos consejos que dar que la harían chocar directamente con la posición del Dr. Kellogg: bajo ninguna circunstancia debería reedificarse el Sanatorio de Battle Creek en ese mismo lugar. En vez de eso, lo que había que hacer era construir varias instituciones más pequeñas en diversos lugares. "Una solemne responsabilidad descansa sobre los que tienen a su cargo el Sanatorio de Battle Creek. ¿Reconstruirán ellos una institución de tamaño descomunal en Battle Creek, o bien llevarán a cabo el propósito de Dios edificando sanatorios en distintos lugares?"²

Esta era una pregunta que muy pronto encontraría respuesta. El 17 de marzo de 1902, un numeroso grupo de dirigentes de la iglesia se reunió en Battle Creek para hacer planes con respecto a lo que debía hacerse. El Dr. Kellogg estaba presente, lleno de entusiasmo, haciendo descripciones verbales de un magnífico nuevo edificio; y aunque las advertencias de Elena de White tenían menos de un mes, se trazó un plan que algunos de los dirigentes pudieron haber considerado como una especie de acomodo entre las dos posiciones. En vez de reedificar los dos edificios principales, construirían uno solo, limitado a cinco pisos de alto y a un largo de 150 metros. Sólo tiempo después, al inspeccionar los fundamentos del nuevo edificio, descubrirían que el Dr. Kellogg no tenía intención de tomar muy en serio las restricciones impuestas.

Ese descubrimiento, sin embargo, estaba en el futuro, y mientras tanto había que trazar un plan para reunir el dinero necesario para la construcción. El pastor A. G. Daniells, presidente de la Asociación General, recordó que la Sra. White recientemente había dedicado su libro *Palabras de vida del gran Maestro* a la recolección de fondos para las escuelas adventistas. Había tenido mucho éxito, y Daniells pensó si Kellogg, un conferenciante de fama nacional sobre temas de salud, podría escribir un libro médico para reunir los fondos que se necesitaban para la reconstrucción del sanatorio. Kellogg se hizo cargo del proyecto con entusiasmo. Era un escritor prolífico que dictaba cuando viajaba en tren, cuando andaba en bicicleta, y aun cuando estaba en la bañera; los dictados los tomaba un secretario que parecía trabajar bastante bien a pesar de las circunstancias desfavorables. Completó el manuscrito en un tiempo récord; después de eso se fue a Europa a tomar unas largas vacaciones.

La suerte había sido echada. El Sanatorio de Battle Creek se reconstruiría a pesar del consejo de Elena de White, y los hermanos pronto se enterarían de que participaban en un juego en el que los intereses y los riesgos eran muy elevados y las reglas misteriosas. Cierta día de verano, alguien inspeccionaba los fundamentos y des-

cubrió un hecho curioso: eran más de treinta metros más largos que lo que Kellogg había prometido, y parecía que varias alas de gran tamaño del edificio se extenderían para formar un semicírculo en la parte de atrás del edificio. En 1904 Elena de White habría de resumir la situación con marcada aflicción: "Cuando el Señor descartó el Sanatorio de Battle Creek, no se proponía que volviera a edificarse en el mismo lugar... Si se hubiera escuchado este consejo, las pesadas responsabilidades relacionadas con el Sanatorio de Battle Creek ahora no existirían. Estas responsabilidades constituyen una carga terrible".³

La "carga terrible" a la que ella se refería era, por supuesto, financiera. Kellogg estaba reconstruyendo el sanatorio en gran escala, en una forma mucho más exagerada que la que los administradores hubieran imaginado, y el proyecto comenzaba a resultar caro. El edificio que se levantaba en la calle Washington, se estaba convirtiendo en una estructura de estilo renacimiento italiano con capacidad para más de mil enfermos, unas diez veces más de lo que la Sra. White había sugerido como ideal. El edificio tenía una superficie de dos hectáreas de piso, con incrustaciones de mármol realizadas por el mismo hábil artesano italiano que había supervisado la hermosa obra de mosaico efectuada en la Biblioteca del Congreso de Washington, y al parecer no se ahorraría nada para convertir ese lugar en "el más completo, el mejor equipado y más perfecto establecimiento de esa naturaleza del mundo".⁴ La carga financiera impuesta por esos planes no tardó en convertirse en insoportable.

Pero la verdadera crisis para la iglesia, tan terrible que Elena de White expresó abiertamente sus dudas de que pudiera vivir a través de ella, encerraba algo más profundo que el dinero. Pocos podían comprender de qué se trataba, pero ya había llegado. En la nueva obra del Dr. Kellogg se encontraban ocultos todos los elementos de una crisis de doctrina sin precedentes.

Durante varios años Kellogg había efectuado extrañas declaraciones acerca de la naturaleza de Dios. "Dios se encuentra en mí —había dicho en una reunión de la Asociación General no hacía mucho—, y todo lo que yo hago es obra del poder de Dios; cualquier acto es un acto creativo de Dios".⁵ Era una idea fascinadora que al parecer ponía a la Deidad muy cerca del ser humano, y cautivó rápidamente el interés de algunos pensadores denominacionales bien conocidos. Existía un encanto peculiar en la sugestión de Kellogg de que el aire que respiramos es el medio por el cual Dios envía el Espíritu Santo en forma física a nuestras vidas, que la luz del sol es su visible "shekina". Aun intelectos bien disciplinados se interesaron en el nuevo concepto, y se encendieron con el fuego del entusiasmo evangélico de Kellogg. Esos sentimientos aparecían en forma aún más persuasiva en las páginas de prueba del libro de Kellogg

que se encontraba en preparación, y que él había denominado *El templo viviente*. En el cuerpo humano, declaraba él, se encuentra "el poder que edifica, que crea, y que es Dios mismo, la Presencia divina en el templo".⁶

Pocos comprendían que esta idea podría sacar a una persona del seno del cristianismo y colocarla en un ambiente de misticismo religioso, en el que no había lugar para el Ser Divino, ni un lugar denominado cielo. Una de las personas que advirtió el peligro fue William Spicer, misionero que acababa de regresar de la India y que entonces era administrador en la Asociación General; él reconoció inmediatamente en la nueva teología de Kellogg las mismas ideas que había visto en la religión hindú. Alarmado, Spicer fue a ver a Kellogg para arreglar esa situación en una conversación personal. Esos dos hombres se sentaron en la galería de la mansión de 27 cuartos que Kellogg llamaba La Residencia, y Spicer, para su sorpresa se encontró "instantáneamente en medio de una discusión de los temas más controvertidos".

"¿Dónde está Dios?", preguntó Kellogg.

"Está en el cielo —contestó Spicer—. La Biblia describe el trono de Dios en el cielo, y todos los seres celestiales están a sus órdenes".

Kellogg, de 50 años de edad y trece años mayor que Spicer, hizo un amplio gesto con su brazo señalando hacia el prado y declaró que Dios estaba en la grama, en los árboles, en las plantas y en todo lo que los rodeaba.

"¿Dónde está el cielo?", preguntó.

"En el centro del universo —replicó Spicer—. Y nadie puede decir dónde está ese lugar".

"El cielo está donde Dios está, y Dios está en todas partes", replicó Kellogg. Spicer salió de la entrevista pasmado, porque comprendía que había vislumbrado solamente el extremo de algo que era más grande de lo que otros habían imaginado, algo que podía sacudir la iglesia. "En esta concepción de las cosas no existía lugar para los ángeles que se desplazan entre el cielo y la tierra... La purificación del santuario... no era algo que ocurría en un cielo lejano". En cambio, el corazón era "el Santuario que debía limpiarse".⁷

William Spicer había recibido el impacto de los primeros vientos de la tempestad, y había captado con exactitud su terrible significado. En el verano de 1902, mientras el mundo se encontraba preparado para recibir el mensaje del tercer ángel y mientras los últimos momentos de predicar en paz iban transcurriendo, uno de los pilares principales de la fe adventista había sido repentinamente desafiado. En una forma en que Kellogg mismo no comprendía plenamente, había asaltado una creencia fundamental del adventismo. Tal vez sin darse cuenta al comienzo, había atacado la doctrina del santuario celestial.

En el centro mismo de la doctrina de la Iglesia Adventista se alzaba el concepto de que en el año 1844 había ocurrido un importante acontecimiento en el cielo. Los adventistas basaban esa creencia en su comprensión de las profecías de Daniel 8 y 9, en las que los 2.300 días del tiempo profético comenzaban con el decreto de un rey persa y terminaban en el otoño de 1844. En el aciago otoño de ese año habían repasado las profecías y procurado comprender por qué Cristo no había venido, tal como los predicadores mileritas habían predicho. Su investigación los condujo a una nueva comprensión del libro de Daniel y a una teología que nunca antes se había entendido en el mundo cristiano. Un estudio profundo y fervientes oraciones los habían conducido a la conclusión de que en octubre de 1844 Cristo había entrado en el lugar santísimo del gran santuario celestial, del cual el antiguo tabernáculo judío había sido una vez una réplica. Ahí había comenzado la última parte de la redención de la raza humana. En el lugar más santo posible, Jesucristo había comenzado a repasar las vidas de todas las personas que una vez habían pretendido ser salvos en su nombre.

Era una idea solemne, aun cuando se pensara únicamente en el juicio de las personas muertas, pero los adventistas llegaron a comprender un concepto todavía más desafiante: en algún punto, probablemente bastante pronto como para confrontar a la generación que vivía en 1844, la acción de juicio de Cristo pasaría de los muertos a los que todavía vivían. Cuando se completara esa obra habría un acto final de importancia capital para la humanidad. Cristo dejaría caer el incensario que simbolizaba su ministerio de misericordia en beneficio de los seres humanos, y pronunciaría las palabras de Apocalipsis 22:11: "El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese todavía". El tiempo de prueba para los seres humanos, que generalmente se piensa que concluye en el momento de la muerte, en el caso de dicha generación se terminaría mientras todavía estuviesen vivos. Todo en el adventismo señalaba hacia ese acontecimiento, advertía acerca de él, e instaba a la gente a prepararse para él. El mensaje adventista de 1844 era un llamado electrificante, destinado a destruir la seguridad terrenal y hacer que la gente se preparara a fin de encontrarse con el Señor. Y a menos que uno estuviera dispuesto a dedicarlo todo, a sacrificar todo lo que humanamente se considerara importante, era un concepto que podría dejar a la persona con una gran sensación de incomodidad.

Casi desde su nacimiento, la doctrina adventista del santuario había sido sometida a diversos ataques. Los teólogos la ridiculizaban como un esfuerzo evidente para explicar el hecho de que Cristo no había regresado en 1844. Otros, tal vez en forma no intenciona-

da, la habían atacado de modos más sutiles. El pensamiento de que la vida personal pronto se encontraría bajo el escrutinio de Dios era sumamente solemne. Los ataques se habían hecho sentir desde todos lados en forma tan persistente e intensa, que Elena de White finalmente dijo que “durante los cincuenta años pasados se nos ha cargado con todas las fases de la herejía, para nublar nuestras mentes con respecto a la enseñanza de la Palabra, especialmente en lo que concierne a la ministración en el santuario celestial, y al mensaje que el cielo tiene para estos últimos días, en la forma como está dado por los ángeles del capítulo 14 de Apocalipsis”.⁸ Y ella había exclamado: “Que Dios no permita que el ruido de las palabras procedentes de labios humanos disminuya la creencia de nuestro pueblo en la verdad de que existe un santuario en el cielo, y que una réplica de ese santuario una vez existió en esta tierra”.⁹

Un “ruido” muy intenso al que Elena de White se había referido, había procedido de un pastor adventista prominente llamado D. M. Canright, quien durante años se había entretenido en barajar preguntas y dudas, y había adoptado posiciones doctrinales contra los adventistas. Finalmente abandonó del todo la iglesia para adoptar como misión de su vida la tarea de atacar las creencias que una vez había aceptado como genuinas. En 1889 había publicado un libro titulado *Seventh-day Adventism Renounced* [Renuncia al adventismo], en el que había afirmado acusadoramente que “los adventistas del séptimo día hacen girar todo en torno a su concepto del santuario... Si están equivocados en esto, se desmorona toda su teoría”.¹⁰ Después de haber dicho esto, se dedicó a lanzar un ataque contra Elena de White, seguido por asaltos contra la doctrina del sábado, la ley y el estado de los muertos. Hacia el final de sus 418 páginas, Canright presentó la siguiente conclusión: “El sistema de los adventistas del séptimo día descansa sobre el fundamento de teorías sin apoyo, concebidas por un viejo agricultor sin educación en sus últimos días de vida y los sueños de una muchacha completamente ineducada, sin preparación intelectual, enferma y excitable”.¹¹ Pero los breves días de popularidad de Canright llegaron al final, y se encontró sin nada, a no ser recuerdos solitarios de lo que pudo haber sido en su vida. En 1919, con las sombras de su última enfermedad que se iban intensificando a su alrededor, salió brevemente del crepúsculo en que se iba hundiendo para hacer un último llamamiento a su hermano: “Permanece en el mensaje, Jasper. Yo lo abandoné y ahora sé que estoy muriendo como un hombre perdido”.¹²

Canright había elegido lanzar un ataque frontal contra la verdad del santuario, afirmando que los adventistas habían interpretado mal Daniel 8:14 y que lo habían relacionado equivocadamente con Levítico 16, donde se describe el día de la expiación de los ju-

dios. Canright sostenía que Cristo había pasado directamente al lugar santísimo en el momento de su ascensión, por lo que el énfasis que los adventistas ponían en la purificación del santuario en 1844 estaba equivocado. Se trataba de un ataque directo contra las creencias básicas de la iglesia. No se requería ningún don especial para leer su libro y comprender que estaba en desacuerdo con el adventismo.

Pero el nuevo desafío contra el santuario procedente de John Harvey Kellogg en 1902, no era algo evidente y explícito. En cambio, conducía el pensamiento a lo largo de una serie de pasos aparentemente lógicos, cada uno más o menos oculto del siguiente, de modo que fuera posible que una persona se encontrara profundamente alejada del adventismo aun antes de reconocer la existencia del problema. Para mucha gente que anhela conocer mejor a Dios, era reconfortante verlo en la luz del sol, sentirlo en el aire que respiraba y creer que estaba presente en todos los actos de la vida. Sin embargo, si alguien pensaba con cuidado en el asunto encontraba que todo eso suscitaba algunas preguntas difíciles de contestar dentro del contexto del adventismo tradicional, preguntas que William Spicer ya había enfrentado en su entrevista con Kellogg. Si Dios está en todas partes, y si el cielo se encuentra donde Dios está, entonces también el cielo debiera estar en todas partes. Si eso fuera así, ¿dónde está el santuario? Kellogg tenía una respuesta, por supuesto: se encontraba en el título de su nuevo libro, *El templo viviente*. El santuario de Dios estaba en el cuerpo humano, lo que constituía un paso de lógica que conducía a descartar los acontecimientos de 1844 como algo irrelevante que no tenía lugar en la nueva luz. Lo que había ocurrido en 1844 podía explicarse, en el mejor de los casos, como un hecho histórico, como una estación que en el camino de los adventistas conducía a la madurez.

Se trataba de un error sutil que ni siquiera el mismo Kellogg comprendía plenamente, y sin embargo había dirigentes denominacionales que comenzaban a reconocerlo. La pregunta que ahora empezaba a difundirse por Battle Creek era ésta: ¿Debiera imprimirse el nuevo libro de Kellogg? No era un problema sencillo. Hacia el final del año 1902, la costosa construcción del sanatorio amenazaba convertirse en una verdadera crisis financiera para la iglesia. Por razones económicas resultaba muy necesario publicar y vender el libro del Dr. Kellogg. Además, en Battle Creek había numerosas personas que no veían nada malo en el libro y que adoptaban la teología del Dr. Kellogg con entusiasmo. En el otoño de 1902 la Asociación General se reunió para decidir si se daría la orden de impresión del libro al gerente de la *Review and Herald*.

Su decisión no fue facilitada por el informe dado por la comi-

sión de lectura del manuscrito que debía recomendar si el libro debía imprimirse o no; la mayoría del grupo no encontraba "ninguna razón por la que no pudiera recomendarse su impresión", ¹³ según un informe firmado por hombres como A. T. Jones, quien había viajado y predicado con Elena de White en los años posteriores a 1888. Solamente dos de los cinco miembros de la comisión votaron contra el libro.

Inesperadamente ocurrió uno de esos acontecimientos insólitos que cambian definitivamente el curso de la historia y alteran las relaciones entre los seres humanos y las instituciones. El Concilio Otoñal de 1902 aceptó el informe de la minoría; de modo que el libro no se publicaría y la iglesia simplemente confiaría en Dios para reunir los fondos necesarios para terminar el nuevo sanatorio.

Según las normas y las prácticas de la denominación, eso debería haber puesto punto final al asunto. Pero en 1902, el Dr. John Kellogg se estaba aproximando al punto después del cual no hay un regreso posible. Durante varios años había rechazado los mensajes de Elena de White que contradecían su plan, usualmente con la excusa de que ella había obrado en base a información falsa proporcionada por sus enemigos y que sus testimonios dirigidos a él estaban equivocados. Ahora se encontraba frente a un desafío directo presentado por la iglesia organizada y tenía que tomar una decisión. Rápidamente aprovechó una alternativa: ¿Acaso la Review and Herald no aceptaba trabajos de impresión que venían de fuera de la iglesia? Sin pérdida de tiempo el Dr. Kellogg envió un mensaje a la administración de la casa editora: imprimir 5.000 ejemplares de *El templo viviente* y cargar el costo del trabajo a su cuenta.

La orden fue aceptada. El libro ya había sido compuesto y el material se encontraba listo para ser usado. Todo estaba listo para echar a correr las prensas. En la sala de máquinas las pilas de papel estaban dispuestas para ser pasadas por la gran prensa que funcionaba a vapor. En un tranquilo valle de California, Elena de White se retiró a descansar preocupada por una premonición que ella comprendía bastante bien: "En visiones de la noche he visto a un ángel de pie con una espada ígnea extendida sobre Battle Creek". ¹⁴

Ahora podía medirse en horas el tiempo que le quedaba a la Review and Herald.

CAPITULO 3

“Una Espada Ignea”

ARTURO G. DANIELLS, de 44 años de edad, presidente de la Asociación General, trabajó hasta tarde el 30 de diciembre de 1902. En una interrupción a su trabajo conversó brevemente primero con su joven asistente administrativo y luego con I. H. Evans, gerente general de la Review and Herald Publishing Company. Esa noche de invierno no había nieve en Battle Creek y tampoco hacía mucho frío, por lo que los dos dirigentes pudieron haber tenido una conversación agradable y tranquila. La Review, la casa editora más grande y más moderna del Estado de Michigan, tenía una posición económica excepcionalmente sólida. Ese año había tenido excelentes ganancias y el año que estaba por entrar se presentaba igualmente promisorio.

La campana del templo, a dos cuadas de distancia, anunciaba el culto de oración, y posiblemente Daniels habrá consultado su reloj y visto que eran las siete y media. Si lo hizo, debe haber sido el último acto acostumbrado que llevó a cabo esa noche. Momentos después se apagaron las luces; del otro lado de la calle se produjo un resplandor siniestro que era inconfundible para todos los que habían presenciado el incendio del sanatorio. El edificio principal de la casa editora Review and Herald se encontraba envuelto en llamas.

Para el momento cuando Daniels y Evans llegaron a la calle, la totalidad de la sala de prensas se encontraba ardiendo. Era un espectáculo impresionante, interrumpido por explosiones periódicas al reventar las ventanas de las oficinas supercalentadas. Desde afuera se podía escuchar el ruido que hacían las máquinas al caer desde el segundo piso cuando éste se desplomaba. Al cabo de una hora la Review and Herald se había quemado completamente, y quedaba tan sólo un montón de maderos carbonizados, hierros retorcidos y ladrillos esparcidos, con las prensas adventistas destruidas que yacían entre las placas fundidas del libro *El templo viviente*, de Kellogg.

Todo había terminado. En el término de un año, dos incendios devastadores habían destruido dos instituciones importantes de la Iglesia Adventista. El Sr. Weeks, jefe de la estación de bomberos de Battle Creek, resumió la situación adecuadamente cuando dijo: "Hay algo extraño acerca de los incendios adventistas, porque el agua con la que se los trata de apagar parece tener el efecto de bencina derramada sobre él".¹ Por espacio de varias semanas un espectral recordativo del incendio se mantuvo sobre Battle Creek, haciendo imposible olvidar lo que había ocurrido. Durante el incendio una enorme pila de carbón había tomado fuego, y siguió ardiendo hasta el mes de febrero, produciendo una columna de humo que recordaba silenciosamente la advertencia de Elena de White: "A menos que se produzca una reforma, la calamidad caerá sobre la casa editora y el mundo sabrá cuál es la razón".² Eso mismo había acontecido, y el mensaje se mantuvo pintado durante semanas en el cielo de Michigan.

"Durante muchos años he llevado una pesada carga por nuestras instituciones —escribió la Sra. White después de recibir el telegrama que anunciaba el triste mensaje—. A veces he pensado que ya no asistiré más a las grandes reuniones de nuestro pueblo, porque mis mensajes, al parecer, han causado poquísima impresión en las mentes de nuestros dirigentes una vez concluidas las reuniones". Expresó con tristeza los sentimientos que la embargaban al retirarse en esas ocasiones: "Agobiada como un carro cargado de gavillas".³ El mensaje de humo que se alzaba sobre Battle Creek hacía pensar en una sola cosa básica: ¿Obedecería el pueblo de Dios, aun a expensas de sus propios planes y preferencias, las instrucciones dadas por su mensajera?

Esa era una pregunta que John Harvey Kellogg estaba por contestar en forma irrevocable. Había recibido en repetidas ocasiones las amonestaciones de Elena de White acerca de que sus nuevas ideas teológicas los conducirían a él y a todos sus seguidores a un terreno peligroso. La iglesia organizada había rehusado imprimir su manuscrito. El había procedido por cuenta propia y ahora los restos carbonizados de la *Review and Herald* yacían bajo una columna de humo que ensuciaba el cielo invernal. Todo eso inevitablemente contenía un mensaje para el Dr. Kellogg; sin embargo él estaba por demostrar el poder de una elección que, después de haber rechazado la verdad ahora lo conduciría aún más lejos de ella. Uno de sus primeros actos después del incendio fue tomar su manuscrito para llevarlo a otro publicador fuera de la iglesia para su impresión.

Kellogg se había lanzado en una dirección frontalmente opuesta a la de la administración de la iglesia, y pronto resultó claro que su juego implicaría algo más que solamente la impresión de un libro; en efecto, podría afectar el control de la Asociación General misma.

La Iglesia Adventista estaba organizada según el sistema democrático. Las iglesias locales elegían a los dirigentes por mayoría de votos. Periódicamente también elegían miembros que integrarían las reuniones administrativas en las que los delegados representaban a sus iglesias en la elección de los dirigentes de la asociación y de una junta administrativa de la asociación. Las asociaciones locales, a su vez, enviaban a sus representantes a las reuniones administrativas en las que se elegían los dirigentes de las uniones. Frecuentemente, la Asociación General tenía sus reuniones formales en las que se empleaba el mismo procedimiento democrático para elegir a sus dirigentes.

Era un sistema que funcionaba bien, parecido a la forma como se eligen los gobiernos democráticos en la mayor parte del mundo, pero compartía con ellos una realidad común: no era inmune a la manipulación por parte de personas con habilidad política y buen sentido de organización. En esta forma, un grupo local bien estructurado podía enviar a la reunión administrativa de la asociación delegados que tal vez no representaban el pensamiento de la iglesia como una totalidad, pero quienes podían hablar en favor de un punto de vista o de una posición teológica particular en forma tan hábil que inclusive la dirección de una asociación de gran tamaño podía quedar afectada en forma significativa. Según la información de que se dispone, en 1903 John Harvey Kellogg se encontraba dedicado a cultivar precisamente ese método. Extraños conflictos comenzaron a desarrollarse en Battle Creek. Facciones políticas centradas en el sanatorio con el tiempo hasta procuraron obtener el control del templo de Battle Creek; circulaban diversos rumores; amistades de largo tiempo se quebrantaron. En el templo adventista llamado Dime Tabernacle comenzaron a manifestarse los síntomas clásicos de una iglesia con problemas.

Mientras tanto, había indicios de que Kellogg también procuraba alterar la dirección de la Asociación General. De 1901 a 1903 no hubo una presidencia formal en la Asociación General; en lugar de ello existió una comisión integrada por veinticinco hombres que elegían a un "presidente". En circunstancias ideales este tipo de organización pudo haber resultado conveniente y práctico, pero contenía una debilidad fácilmente visible para cualquiera que tuviera habilidad política y un poco de ambición: el dirigente de la iglesia mundial no era elegido ni recibía su mandato de la Asociación General reunida en congreso legal; en cambio era designado por veinticuatro personas. Si alguien podía controlar a trece de ellas, estaba en condiciones de llevar a la jefatura de la iglesia a la persona que deseara.

Kellogg era una persona que no perdía esas oportunidades, por lo que entre 1902 y 1903 nuevamente demostró lo que era capaz de

hacer. Comenzó una intensa campaña para sacar a A. G. Daniells de la dirección de la Asociación General, y aunque su plan fracasó finalmente, el doctor formó una coalición de hombres poderosos y bien organizados que apoyaron plenamente sus conceptos teológicos y que pensaron que sus puntos de vista deberían difundirse en la iglesia en la forma más amplia posible. Eran "hombres prominentes", según Daniells los describió posteriormente: pastores, médicos y educadores que "abiertamente adoptaron una posición favorable al libro y a sus enseñanzas".⁴ Ese verano, tanto Daniells como Elena de White recibieron una fuerte sacudida cuando comprendieron que ese grupo de hombres con mentes poderosas y persuasivas se había propuesto alcanzar a un grupo que la iglesia no podía darse el lujo de perder: su juventud.

Para las personas que se han propuesto introducir cambios dentro del procedimiento normal de una institución, la juventud siempre ha sido un blanco tentador. Si los cambios no se pueden llevar a cabo de una vez, siempre queda la esperanza de alcanzar a la juventud, cuya fascinación por ideas nuevas y no convencionales se puede utilizar con ventaja para producir una "próxima generación" más receptiva a las ideas que se desean implantar. (Esa táctica se estaba haciendo evidente para entonces en Europa Oriental, en la que fuerzas dedicadas a los cambios políticos habían procurado transformar el sistema pero habían fallado, de modo que habían comenzado una agresiva campaña con la juventud; el tiempo demostraría lo eficaces que resultarían las técnicas empleadas.) Elena de White conocía muy bien el poder que la juventud podía aportar a la iglesia; por eso habló acerca de un gran "ejército" de jóvenes que llevaría el mensaje a "todo el mundo",⁵ y reconoció instantáneamente la existencia de un problema cuando resultó claro que las fuerzas de Kellogg estaban comenzando a mirar con interés a la juventud de la iglesia.

La primera muestra de esa táctica se reveló cuando apareció publicado el libro de Kellogg. *El templo viviente* fue promovido inmediatamente y enviado a las asociaciones locales justamente a tiempo para el período de reuniones espirituales que realizaban en tiendas durante los veranos, y se llevaron a cabo "esfuerzos enérgicos" para interesar a la juventud en la circulación de esta obra.⁶ El pastor Daniells se enteró de este nuevo hecho con gran preocupación. "Vi semillas sembradas entre centenares de jóvenes en nuestras instituciones principales", informó él; y añadió que eso era algo que él "creía firmemente que produciría resultados que llenarían de angustia a cientos de nuestros hermanos".⁷

Kellogg también utilizaba a la juventud para sus fines políticos. En noviembre de 1903, Elena de White escribió al pastor S. N. Haskell, advirtiéndole que los estudiantes estaban siendo invitados a participar en una campaña que consistía en escribir cartas a ciertas

personas para producir una presión tendenciosa favorable al sanatorio. "En el Sanatorio de Battle Creek los alumnos y otras personas han sido animados por los administradores a escribir a sus padres y amigos para contarles las cosas admirables que se estaban haciendo en la institución", dijo ella, cosas que le habían sido reveladas como algo que distaba mucho de ser admirable.⁸ Ella se preocupaba constantemente por los jóvenes del sanatorio, los que escuchaban una nueva teología de parte de sus profesores a quienes respetaban; y consideró tan grandes los peligros, que abiertamente amonestó a los padres a no enviar a sus hijos a Battle Creek. En el año 1901, como respuesta a su preocupación, se había cerrado el colegio y se había trasladado a una nueva ubicación en Berrien Springs, dejando en Battle Creek solamente las clases de medicina que se enseñaban en el sanatorio. Sin embargo, todavía no había expirado el permiso legal que permitía funcionar al colegio de Battle Creek, existiendo la posibilidad teórica de volver a abrir esa institución cuando quiera que alguien deseara hacerlo, y ahora Kellogg había aprovechado ese detalle legal técnico como medio para llegar hasta la juventud de la iglesia. Hizo imprimir atractivos folletos en los que se anunciaba la reapertura del Colegio de Battle Creek (lo cual era una necesidad, sostuvo él, para cumplir un detalle técnico necesario para la acreditación de la escuela médica). Diversos grupos de personas salieron al campo para reclutar alumnos. Se trazaron planes grandiosos para la nueva institución, y se habló a los jóvenes de las "grandes ventajas que proporcionaría obtener educación en este colegio de Battle Creek que se había vuelto a abrir".⁹ Este fue un desafío que alarmó a la Sra. White en gran medida.

"¿Cómo podemos consentir que la flor de nuestra juventud sea llamada a Battle Creek para recibir educación, cuando Dios ha advertido vez tras vez que no debe asistir a ese colegio? —exclamó ella—. Algunos de los instructores no comprenden cuáles son los verdaderos fundamentos de nuestra fe... Que Dios no permita que una sola palabra de ánimo sea pronunciada para llamar a nuestra juventud a un lugar donde recibirá la levadura de tergiversaciones y representaciones falsas concernientes a los testimonios y a la obra y el carácter de los ministros de Dios".¹⁰ Según esta declaración de la Sra. White, existían dos puntos importantes en juego, que eran: la creencia en el espíritu de profecía y el apoyo al ministerio de la iglesia organizada. Enviar a los jóvenes al Colegio de Battle Creek sería exponerlos a los ataques contra ambos puntos.

Existía también la creciente posibilidad de que quedaran expuestos a un tercer ataque. Temprano en la historia del adventismo, el alejamiento de las doctrinas fundamentales había estado acompañado por comportamientos extraños, y ahora parecía que estaban surgiendo problemas similares. "Había ideas confusas acerca del

amor libre —recordaría más tarde el pastor L. H. Christian—, y se cometían prácticas inmorales por parte de los que enseñaban la doctrina de un Dios impersonal difundido en la naturaleza, y la doctrina de la carne santificada. Ahora es innecesario dar los detalles de este capítulo vergonzoso, pero los que conocían los hechos comprendían la verdad de las siguientes palabras:

“Las teorías panteístas no tienen el apoyo de la Biblia...Las tinieblas son su elemento y la sensualidad es su esfera de acción. Gratifican el corazón natural y dan libertad a las inclinaciones [pecaminosas]” (*Review and Herald*, 21 de enero de 1904, p. 9).¹¹

Los que aceptaban las ideas de Kellogg adoptaban una modalidad agresiva en su celo evangélico que podía transformarse rápidamente en beligerancia cuando se les presentaba la oposición. Una noche, el pastor Daniells caminaba hacia su casa después de una reunión del Concilio Otoñal de la Asociación General. Era el mes de octubre de 1903. El problema del libro de Kellogg (que para entonces se había impreso contra el consejo de la denominación) se había convertido en un intenso tema de controversia en la iglesia, con abundante expresión de las emociones. Daniells se detuvo debajo de una luz para conversar con un obrero que creía en las ideas de Kellogg y quien estaba haciendo “todo lo que estaba en su poder” para promover la circulación del libro. Los dos hombres conversaron durante un rato, indudablemente para tratar de convertirse el uno al otro, cuando repentinamente se agrió la disposición del obrero. “Usted está cometiendo el mayor error de su vida —amenazó—. Una vez que haya cesado todo este alboroto, usted descubrirá que ha sido arrastrado por el polvo y que otra persona estará dirigiendo las fuerzas de la iglesia”.

“No creo en su profecía”, replicó Daniells, y a continuación hizo una declaración en palabras que mostraban que acababa de contemplar algo más grande que su propia carrera: “De cualquier manera, preferiría ser arrastrado por el polvo haciendo lo que creo íntimamente que es lo correcto antes que caminar con príncipes haciendo lo que mi conciencia me dice que está equivocado”. Después de haber pronunciado estas palabras se dirigió hacia su casa para tratar de salvar lo que pudiera de esa noche de problemas, pensando sin duda en los extraños cambios de comportamiento que se advertían en sus amigos que se aventuraban por los caminos de esa nueva teología.¹²

Si se pensaba bien, ese era precisamente uno de los mayores daños que ahora confrontaban a la iglesia. En último análisis, el mensaje adventista siempre había incluido el comportamiento de la persona. Temed a Dios y dadle a él la gloria. Acordarse del día de reposo para santificarlo. Bienaventurados los que guardan sus mandamientos. Al que venciere. Al que venciere...

No había nada confortable para las personas que deseaban aceptar el cristianismo a medias. “Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres, purificados de todo pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha con el mal. Mientras se prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra”.¹³

La religión adventista había conducido a la gente a una profundidad espiritual a la que antes no había tenido acceso, en el corazón mismo del cielo, a un recinto en el que una luz deslumbrante se movía sobre un lugar llamado el propiciatorio, en el que la persona volvía a descubrir una constante eterna denominada la ley de Dios. En ese lugar se desarrollaba el acto final del plan de salvación; desde ese lugar no sólo salía misericordia, sino además un nuevo desafío al comportamiento humano, y un poder, nacido de la fe, para vivir victoriosamente. “Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha con el mal”.¹⁴

Esta era una contribución única en su género que la iglesia adventista hacía al mundo, un mensaje final que constituía la coronación de la Reforma. Durante siglos los cristianos habían creído que la salvación se producía por la fe en Cristo. Los adventistas, después de aceptar plenamente este hecho, extrajeron de las Escrituras una nueva dimensión que alcanzaba hasta la profundidad misma de la fe: mediante la fe en Cristo toda la vida se puede poner en armonía con la ley divina que mantiene el universo en funcionamiento.

Todo esto se había dicho con un sentido de urgencia, como si el tiempo en que debía cumplirse fuera demasiado corto. “Nos estamos preparando para encontrarnos con él, quien, cortejado por un séquito de ángeles santos, aparecerá en las nubes de los cielos para dar a los fieles y justos el toque último de inmortalidad. Cuando él venga, no va a limpiarnos de nuestros pecados, ni quitará nuestros defectos de carácter, ni curará las debilidades de nuestro temperamento y propensiones. Si es que la hemos hecho, esta tarea habrá sido completada antes de su venida. Cuando el Señor venga, los que son justos serán justos todavía”.¹⁵ Un día de verano de 1868, Elena de White había escrito ideas semejantes en una carta de cumpleaños dirigida a su hijo, en la cual se fusionaba su amor materno con el inequívoco desafío del antiguo mensaje adventista: “No te engañes. Dios no puede ser burlado. Nada que no sea la santidad te preparará para el cielo... Esta tierra es el único lugar donde debemos adquirir el carácter celestial, o nunca será adquirido”.¹⁶

En la religión adventista existía un idealismo con el que los reformadores ni siquiera habían soñado, a pesar de que ellos habían alumbrado el mundo con el reavivamiento del mensaje de la fe. Lutero, Calvino, Knox y otros habían vivido en el azaroso final de la larga noche de la historia, y cada uno de ellos había repelido las sombras a su manera, con la fuerza que Dios le había dado. Pero el día que había comenzado tan lleno de promesas en el siglo XVI, ahora estaba llegando a su final. La historia de la humanidad casi había concluido y la Iglesia Adventista poseía un mensaje que antes no se había dado al mundo. La generación presente debía vivir durante el juicio investigador y contemplar la venida de Jesús.

Por eso la atención de los adventistas tendía a concentrarse en objetivos que ya no podían relegarse despreocupadamente a un futuro distante. Para ellos el desafío estaba en el momento presente, y escudriñaban la Biblia en busca de ejemplos de lo que Dios esperaba de la gente que podría ser llevada al cielo sin descender a la tumba. La Sra. Elena de White escribió: "Mediante la traslación de Enoc el Señor quiso dar una importante lección... A los hombres se les demostró que se puede obedecer la ley de Dios; que aun viviendo entre pecadores corruptos, podían, mediante la gracia de Dios, resistir la tentación y llegar a ser puros y santos... El piadoso carácter de este profeta representa el estado de santidad que deben alcanzar todos los que serán 'comprados de entre los de la tierra' (Apoc. 14:3) en el tiempo de la segunda venida de Cristo".¹⁷ Esta norma constituía una parte integrante de la misión de la iglesia.

Enoc había vivido en la tierra antes de su destrucción por agua, y su vida había representado un mensaje de misericordia que mostraba el poder de Dios para salvar. Pero ahora se aproximaba una destrucción mayor aún, y el mundo necesitaba que se efectuara una última y clara demostración de lo que era el carácter de Dios. "Tal como lo hizo Enoc, anunciarán al mundo la segunda venida del Señor, y los juicios que merecerá la transgresión; y mediante su conversación y ejemplo santos condenarán los pecados de los impíos".¹⁸ En 1902 la Sra. White nuevamente había recordado a los adventistas que "todos los libros escritos no reemplazarán una vida santa. Los hombres crearán, no lo que diga el predicador, sino lo que viva la iglesia".¹⁹

Los adventistas, después de todo, habían efectuado una de las declaraciones más sorprendentes realizadas en la fe cristiana. Sostenían que poseían una nueva visión de los lugares más reservados del cielo, donde se encontraba la norma por la cual Jesús en ese momento estaba juzgando al mundo. Los adventistas habían vuelto a descubrir la ley y tenían que hacer algo con ella: deberían vivir sostenidos mediante el poder de Dios, o bien encontrar las mejores excusas para justificar la vida en el pecado.

Existía el peligro real de que se sintieran tentados a escoger esta última alternativa. Después de todo, la norma que habían encontrado en el santuario era sumamente elevada. Elena de White advirtió contra esta posibilidad en términos que hacen difícil no comprenderla. "Nadie diga: No puedo remediar mis defectos de carácter. Si llegáis a esta conclusión, dejaréis ciertamente de obtener la vida eterna. La imposibilidad reside en vuestra propia voluntad".²⁰ Durante el año 1888, cargado de importantes acontecimientos, ella había vertido conceptos parecidos: "De los defectos de carácter se vale Satanás para intentar dominar toda la mente, y sabe muy bien que si se conservan estos defectos, lo logrará. De ahí que trate constantemente de engañar a los discípulos de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible vencer".²¹ Es una advertencia asombrosa dirigida contra los peligros que se presentarían si los adventistas decidían buscar excusas para no cumplir la ley en vez de observarla; pero como de costumbre, su mensaje concluía con una nota de esperanza: "Nadie considere, pues, sus defectos como incurables. Dios concederá fe y gracia para vencerlos".²² Se da, además, esta reconfortante seguridad: "Cuando está en el corazón el deseo de obedecer a Dios, cuando se hacen esfuerzos con ese fin, Jesús acepta esa disposición y ese esfuerzo como el mejor servicio del hombre, y suple la deficiencia con sus propios méritos divinos. Pero no aceptará a los que pretenden tener fe en él, y sin embargo son desleales a los mandamientos de su Padre".²³

Esto demuestra que existía una misión especial para los que se llamaban adventistas del séptimo día y que tenían un conocimiento tan grande de lo que estaba por suceder al mundo. Durante siglos los cristianos habían anunciado el mensaje de fe; ahora los adventistas extendían ese mensaje hasta sus últimas consecuencias, exigiendo de la fe lo máximo que podía dar: un mensaje de Elías, un mensaje que comenzaba en la tierra y concluía en el cielo. Cualquier cosa que desafiara ese mensaje de victoria personal y de testimonio individual también ponía en duda la misión misma de la iglesia.

Precisamente en eso radicaba el peligro de las enseñanzas que Kellogg difundía en 1903. "Esas doctrinas, continuadas hasta su conclusión lógica, desbaratan completamente la economía cristiana —advirtió la Sra. White—. Enseñan que los acontecimientos que se encuentran justamente ante nosotros no tienen importancia para merecer atención especial".²⁴ La iglesia y el mundo se estaban acercando a un acontecimiento que se denomina el fin del tiempo de gracia, antes del cual toda persona sería examinada por Dios "de un modo tan rígido y minucioso como si no hubiese otro ser en la tierra".²⁵ Cuando se produjera ese acontecimiento, el destino de todos quedaría decidido eternamente para vida o muerte. Era un desafío que resultaba imposible exagerar.

Sin embargo los adventistas estaban siendo adormecidos por

teorías placenteras acerca de la naturaleza de Dios, en las cuales las solemnes verdades del santuario se desdibujaban hasta desaparecer y la shekina se convertía nada más que en luz del sol primaveral. Elena de White, desesperada por amonestar a la iglesia, alarmada por el poder fascinador del error, buscaba algún medio para ilustrar con cuánta facilidad una persona podía confundir el error con la verdad; finalmente recurrió a la ilusión óptica generada por dos rieles de ferrocarril que a la distancia parecen convertirse en uno solo. "El riel de la verdad yace junto al riel del error, y ambos pueden parecer uno solo para las mentes que no están sometidas a la influencia del Espíritu Santo".²⁶

Y luego, viendo algunas de las mejores mentes de la iglesia atrapadas en la trampa del error, conduciendo a otros hacia ella mediante el poder de una elocuencia que una vez se había dedicado al mensaje adventista, exclamó casi en completa desesperación: "Mi alma experimenta una angustia tan grande al ver el desarrollo de los planes del tentador, que no puedo expresar la agonía que experimento. ¿Es que la iglesia de Dios deberá estar siempre confundida por las artimañas del acusador, cuando las advertencias de Cristo son tan definidas y tan claras?"²⁷

Juntamente con la iglesia que amaba, Elena de White ahora estaba entrando en una crisis tan grande que a veces dudaba poder vivir a través de ella. El año 1904 pasó a la historia y llegó 1905.

Habían transcurrido cuatro años preciosos, años de paz y abundancia, y la iglesia que debiera haber proclamado su mensaje al mundo, luchaba contra los ataques lanzados contra sus verdades más fundamentales. Su institución más grande vacilaba al borde del abismo. (La iglesia perdería el sanatorio de Battle Creek algunos meses más tarde, en 1906.) El espíritu de profecía se encontraba sometido a un ataque que iba en aumento, tanto abiertamente como en forma secreta, lanzado por mentes capaces que eran pagadas, según se rumoreaba, por dinero procedente del Sanatorio de Battle Creek. Aun el templo de Battle Creek, llamado el Tabernáculo y edificado con monedas de diez centavos contribuidas por miembros fieles y personas interesadas de la ciudad de Battle Creek, se encontraba en dificultades debido a un grupo de personas que luchaban por obtener el control. Mientras tanto se estaban enseñando errores como si fueran nueva luz, en una forma tan sutil que confundía tanto a los alumnos del colegio como a obreros experimentados. Lo mismo que un barco, la Iglesia Adventista ahora navegaba en un mar brumoso y traicionero que Elena White vio lleno de témpanos.

En Port Arthur, el almirante Heihachiro Togo coloca la flota japonesa en formación de batalla, ataca, y destruye la flota rusa del Extremo Oriente; al año siguiente obtiene la victoria decisiva de Tsushima. Como resultado, Rusia entrega la parte sur de Manchuria; Japón, con su poderío intacto, ocupa Corea. Se altera la balanza

del poder de Asia y la situación nunca más volverá a ser lo que era antes. Con eso se puso en movimiento una serie de acontecimientos que no terminarían hasta que casi la mitad del mundo permaneciera cerrada durante un tiempo a la entrada del Evangelio.

Para la iglesia, esto constituye solamente el comienzo de los desafíos.

Es tiempo para que Satanás lance su segundo frente de ataque.

Ha llegado el tiempo cuando Albion Fox Ballenger debe entrar en acción.

“Usted Es el Hombre...”

EL 16 DE MARZO de 1905, el presidente Daniells, de la Asociación General, le escribió al pastor Guillermo White, quien por entonces se encontraba en California, acerca de un problema que lo perturbaba. Un pastor, recientemente enviado a Inglaterra como evangelista y superintendente de misión, había comenzado a decir cosas extrañas acerca de la doctrina del santuario, ideas similares a las que habían empujado a D. M. Canright fuera de la iglesia 18 años antes. Aparentemente el evangelista tenía una buena cantidad de seguidores. Había iglesias en Irlanda, Gales y el norte de Inglaterra, casi en todas partes donde este hombre había estado, que ahora manifestaban confusión y agitación. En Birmingham y en otros lugares, los pastores tenían “graves dificultades” con “algunos de los hermanos principales acerca del tema del santuario”.¹ El pastor Eugenio W. Farnsworth, había tratado desesperadamente de remediar el daño causado, pero ahora se encontraba impotente frente al problema; por eso había escrito a Daniells pidiendo ayuda. Estas son las palabras de Farnsworth, citadas por Daniells en su carta a White:

“El Hno. Ballenger se encuentra en un estado mental que a mí me parece que lo incapacita completamente para predicar el mensaje. Ultimamente ha estado estudiando mucho el tema del santuario, y ha llegado a la conclusión de ... que cuando él [Cristo] ascendió, fue inmediatamente al Lugar Santísimo y desde entonces ha estado llevando a cabo su ministerio en ese lugar. Toma pasajes bíblicos como el de Hebreos 6:19 y los compara con 25 ó 30 expresiones del mismo carácter que se encuentran en el Antiguo Testamento en las que él pretende que en cada caso en que aparece la expresión “dentro del velo” se alude al Lugar Santísimo...”

“Comprende claramente que su punto de vista no puede hacerse armonizar con los testimonios, y por lo menos admite sin reserva que es completamente incapaz de hacerlo, y aun en su propia mente ... existe una diferencia irreconciliable”.²

En esta forma, el presidente de la Asociación General fue notificado en cuanto al problema por Farnsworth, un hombre que había sido bautizado en pleno invierno en Washington, New Hampshire, en un agujero abierto en una capa de hielo de 60 centímetros de espesor, y que demostró que no tenía la menor intención de dejarse confundir en lo que se refería a una cuestión tan fundamental como la doctrina del santuario. Daniells, después de considerar esto y mucho más, ahora escribía una carta al pastor White, preguntándole en voz alta en qué forma la denominación debería tratar este problema. “Me alegraría si pudiéramos sacar a Ballenger de Gran Bretaña —murmuró—, pero lo que podamos hacer con él aquí es más de lo que yo puedo decir en este momento... Parece extraño que un hombre que ha estado en el mensaje durante toda su vida se deje desviar en un asunto como éste. El santuario es la columna fundamental de todo este movimiento; si se quita esa columna, todo lo demás se derrumba.

“¿Conoce usted a este hermano, y tiene algún consejo que darnos?”³

El pastor White conocía a Albion Ballenger, y también lo conocía Elena de White. Era un hombre bien parecido, con un gran bigote y carisma capaz de arrastrar a mucha gente en pos de él; y ésta no era la primera vez que tergiversaba la enseñanza de un artículo de fe fundamental. Algunos años antes, mientras trabajaba como redactor asistente en la revista adventista de libertad religiosa, había concebido la idea de que la iglesia debía hacerse más atractiva no poniendo tanto énfasis en doctrinas distintivas como la del sábado. El resultado de esto había sido una visión que Elena de White había recibido mientras se encontraba en Salamanca, Nueva York, y que finalmente reveló bajo las circunstancias más impresionantes. (Había tratado repetidamente de referir esa visión, pero cada vez ésta se había desvanecido de su recuerdo; sólo más tarde había conseguido contarla, el mismo día en que Ballenger había hecho sus observaciones en la reunión de una comisión.) Ballenger había escuchado el mensaje divino en esa ocasión y confesado con lágrimas que había estado equivocado. Pero ahora se encontraba en gestación un problema completamente nuevo. Ballenger fue trasladado a los Estados Unidos desde Inglaterra, mientras los hermanos se preguntaban qué era exactamente lo que debían hacer con él.

Pero Elena de White no dudaba. A mediados de mayo de 1905 asistió a una sesión de la Asociación General llevada a cabo en Takoma Park. Mientras caminaba a lo largo del corredor del dormitorio del colegio que alojaba a los asistentes, se encontró con Ballenger, y le dio un mensaje directo. “Usted es la persona que el Señor me presentó en Salamanca”, declaró, y a continuación procedió a

decir algunas cosas que se pueden deducir únicamente de su diario. "Y ahora nuevamente nuestro hermano Ballenger está presentando teorías que no se pueden probar mediante la Palabra de Dios... Declaro en el nombre del Señor que las herejías más peligrosas están procurando introducirse entre nosotros como pueblo, y el pastor Ballenger está echando a perder su propia alma...

"Sus teorías que tienen una multitud de hilos finos, y que necesitan tantas explicaciones, no son la verdad y no deben presentarse a la congregación de Dios... Dios prohíbe el comportamiento que usted está teniendo: hacer que las benditas Escrituras, al citarlas a su manera, contribuyan con su testimonio a establecer una falsedad.

"Aferrémonos todos a la verdad establecida del santuario".⁴

La respuesta de Ballenger fue recibida por una comisión integrada por 25 dirigentes denominacionales, de donde surgió un documento que él llamó "Las Nueve Tesis". Según eso, las creencias adventistas acerca del santuario estaban equivocadas en "casi cada punto fundamental", declaró él, y arguyó particularmente contra la aplicación del ministerio de Cristo en el primer recinto del santuario al período que siguió a la ascensión.⁵ Si uno seguía el razonamiento de Ballenger, encontraba que se derrumbaba la profecía de los 2.300 días, el mensaje de 1844 también caía con ella, el juicio investigador repentinamente se convertía en una confusión teológica que tendría que descartarse mediante una serie de explicaciones. A. G. Daniells describió adecuadamente la situación cuando dijo que como resultado de las enseñanzas de Ballenger "todo se desploma"; y nadie vio esta situación con más claridad que Elena de White.

"Con lenguaje claro y sencillo debo decir a los asistentes a esta conferencia que el hermano Ballenger ha estado permitiendo que su mente reciba y crea errores especiosos", declaró sólo días más tarde. "Este mensaje, si es aceptado, minará los pilares de nuestra fe". Y a continuación se refirió claramente al séptimo capítulo de Mateo: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces".⁶

"Los que procuran introducir teorías que removerían los pilares de nuestra fe en lo que concierne al santuario o a la personalidad de Dios o de Cristo, están trabajando como hombres ciegos", continuó la Sra. White. "Están tratando de introducir incertidumbres y de empujar a la deriva al pueblo de Dios, sin el beneficio de un ancla..."

"Nuestro Instructor pronunció las siguientes palabras para el pastor Ballenger: 'Usted está introduciendo confusión e incertidumbre por la forma como interpreta las Escrituras. Usted cree que ha recibido nueva luz, pero su luz se convertirá en tinieblas para quienes la reciban...'.

"Deténgase en el lugar donde está; porque Dios no le ha dado

este mensaje para que usted lo trasmita al pueblo'".⁷

Esto encerraba un peligro mucho mayor que la confusión de un hombre acerca de las creencias básicas del adventismo. Albion Ballenger era una persona extremadamente persuasiva, un hombre de buena apariencia y de trato agradable, que ocasionalmente escribía poesías y hablaba con una dulzura tan cautivadora que no creerle era algo así como repudiar el propio juicio. Para mucha gente esta situación podía resumirse en una simple pregunta: ¿Cómo podía el pastor Ballenger estar equivocado?

Hay que recordar que existe cierto peligro en examinar los argumentos de un hombre de quien la mensajera de Dios había dicho que creía en un "error especioso", pero tal vez por un breve momento ese riesgo se justifica por la necesidad de obtener una idea del poder persuasivo al que los adventistas tenían que hacer frente en 1905. En una carta dirigida a la Sra. White, Ballenger sugirió que él se veía obligado a elegir entre creerle a ella o creerle a la Biblia, y terminó esa carta en la siguiente forma:

"Cuando nos encontremos lado a lado ante el gran trono blanco, si el Maestro me preguntara por qué enseñé que 'dentro del velo' se refería al primer aposento del santuario, ¿qué contestaré? ¿Diré: 'Porque la Sra. White, quien pretendía estar comisionada para interpretar las Escrituras para mí, me dijo que esa era la verdadera interpretación, y que si yo no la aceptaba y la enseñaba quedaría sometido a tu condenación'?

"Oh, Hna. White, ojalá que esta respuesta agradara al Señor. Entonces yo me sometería a su testimonio. Entonces usted volvería a hablarme palabras de ánimo. Entonces mis hermanos, con quienes he pasado dulces momentos en consulta, ya no me alejarían como si fuera un leproso. Entonces volvería a presentarme ante la gran congregación, y lloraríamos, oraríamos y alabaríamos juntos como antes".⁸

Ballenger tenía un poderoso dominio tanto de las palabras como de las emociones, y comprendía claramente que la gente apoyaría instintivamente a una víctima de la injusticia, en algunos casos aun frente a la verdad religiosa. Eso era algo notable, porque esa misma táctica estaba siendo utilizada por John Harvey Kellogg, quien después de arrancar el Sanatorio de Battle Creek del control de la iglesia, todavía podía hablar persuasivamente acerca de "pos-trarse y llorar" debido a las injusticias a que supuestamente lo habían sometido el pastor Daniells y Guillermo White. También Can-right se había hecho pasar por mártir al abandonar la fe adventista, y el uso que Ballenger efectuaba de la misma técnica pronto resultaría evidente en el título de su libro *Cast Out for the Cross of Christ* (Echado fuera por la cruz de Cristo). Resulta interesante ver que las personas que abandonaron la iglesia debido al problema que nos

ocupa, generalmente repetían una pauta de conducta similar: primero prometían solemnemente no causar ningún género de dificultad a la iglesia, y a continuación lanzaban un intenso ataque contra el adventismo poco después de haber salido de la iglesia. El proceder de Ballenger no sería diferente, y la carta aparentemente llena de dulzura que le había dirigido a Elena de White dice lo contrario cuando se la coloca junto con el lenguaje estridente de *The Gathering Call* (El llamado a reunirse), una publicación en la que él y su hermano difundían material contrario al adventismo desde sus oficinas establecidas cerca de la importante nueva escuela de medicina de la denominación.

Pero eso se comprendería solamente en el futuro. En 1905 los adventistas en general no podían saber cuán lejos llegaría Albion Ballenger, porque probablemente ni él mismo lo sabía todavía; y mientras tanto existía algo más que un peligro pasajero de que su personalidad y su don de las palabras arrastraran con él a una cantidad de personas bien intencionadas. Cada vez actuaba más como un activista, un hombre convencido de que poseía “nueva luz” y como quien estaba más preocupado en difundir sus puntos de vista personales que en ninguna otra cosa, incluyendo el bienestar de la iglesia organizada. Además, había acumulado una cantidad impresionante de pasajes bíblicos para apoyar sus ideas, y el que no había estudiado personalmente el problema podía encontrar que la masa de argumentos resultaba imponente. “El pastor Ballenger ya ha confundido las mentes con su vasto conjunto de pasajes bíblicos”, anotó Elena de White en su diario en la última parte de 1905. “Esos textos son verdaderos, pero él los ha colocado en un lugar al que no pertenecen”.⁹

“Hemos tenido que hacer frente a muchos hombres que han venido con tales interpretaciones —añadió ella—, tratando de introducir y afirmar falsas teorías y confundiendo a las mentes de muchos por su disposición a hablar, y por su gran conjunto de textos, que han aplicado erróneamente para servir a sus propias ideas. Es demasiado tarde en la historia de este mundo para iniciar algo nuevo”.¹⁰

Si ése hubiera sido el único peligro, la iglesia ya habría tenido mucho para pensar. Pero había un peligro adicional, de proporciones tan enormes que nadie podía imaginarlas, y que podía ser visto únicamente por ojos que habían observado el mundo invisible. Y ahora Elena de White apartaba la cortina para permitir que la iglesia observara lo invisible: En 1905, la herejía estaba siendo presentada por algo más que hombres; también estaba siendo presentada por ángeles caídos.

Para entender lo que Elena de White estaba por decir a la iglesia, es necesario comprender la realidad profunda y verdadera del

mundo que ella a menudo experimentaba, el cual rebasaba la percepción de la vista mortal. Para ella, los seres celestiales no eran únicamente una abstracción, sino que constituían una realidad, a menudo percibida cuando los ángeles luchaban intensamente por la suerte de un alma humana. Cantaban y a veces lloraban, y observaban con el más profundo interés para ver si la iglesia realmente viviría el mensaje adventista. Iban y venían continuamente de la tierra al cielo, y presentaban una tarjeta dorada en las puertas del cielo al entrar en el reino de la luz. También había otros ángeles que actuaban empujados por una compulsión al mal tan monstruosa que resulta incomprensible para los mortales comunes; eran demonios destinados a la destrucción y decididos a arrastrar en su caída hasta el último ser terreno, si es que tenían la oportunidad de hacerlo. Elena de White había llamado repetidamente la atención del pueblo de Dios a la realidad de esta tremenda contienda y a la necesidad de no hacer nada que diera a las fuerzas del mal la mínima posibilidad de controlar los sentimientos, la voluntad y la conducta. “Ojalá pudierais ver a los santos ángeles con sus ojos atentos y escrutadores que os observan para registrar la forma como los cristianos glorifican a su Maestro; y también ojalá pudierais observar las expresiones de regocijo y burla de los ángeles malignos cuando obtienen algún triunfo al repasar el comportamiento desviado de una persona, al citar pasajes bíblicos violados, y al comparar vuestra vida con esos pasajes que profesáis seguir pero de los que os apartáis. Si pudierais contemplar estas realidades invisibles quedaríais asombrados y experimentaríais alarma por vosotros mismos”.¹¹ La sierva del Señor hizo esta declaración en 1868. En 1899 describiría un “gran conflicto que se desarrolla entre los instrumentos invisibles, una controversia entre ángeles leales y desleales. Los ángeles malignos trabajan constantemente para planear su línea de ataque... Orad, hermanos; orad como nunca lo habéis hecho antes. No estamos preparados para la venida del Señor”.¹²

Había llegado el año 1905. El Dr. John Harvey Kellogg efectuaba su retirada de la iglesia y se llevaba consigo la institución más grande, el Sanatorio de Battle Creek, y las mentes más destacadas de la denominación. Albion Ballenger, por su parte, proclamaba “nueva luz” acerca del santuario y dejaba a su paso iglesias divididas y adventistas que ya no distinguían con claridad los pilares fundamentales de su fe. Las fuerzas del mal se habían puesto en marcha en todos los frentes y se apropiaban del territorio como ejército dedicado al pillaje. La siguiente declaración tomada del diario de Elena de White del último día de octubre de 1905, nos proporciona una vislumbre de la razón por la que las fuerzas del mal habían efectuado una arremetida tan decidida: “Satanás está usando toda su ciencia al dedicarse al juego de la vida por las almas humanas. Sus ángeles

se están mezclando con los seres humanos y los están instruyendo en los misterios del mal. Estos ángeles caídos arrastrarán discípulos tras ellos, hablarán con los hombres y establecerán principios completamente falsos, que conducirán a la gente por los caminos del engaño. Estos ángeles obran en todo el mundo y presentan cosas maravillosas que pronto aparecerán bajo una luz que las tornará más evidentes. Dios llama a su pueblo para que tenga una mejor comprensión de lo que es el misterio de la santidad".¹³

De manera que de eso se trataba. Satanás estaba utilizando a los seres caídos del mundo de las tinieblas, además de los enemigos humanos de la iglesia. Había seres humanos que sin proponérselo se estaban aliando con los poderes del mal, en el nombre de una nueva verdad que pretendían poseer, y Elena de White había descrito ese proceso en forma clara como para hacer que la gente se volviera a la Biblia y cayera de rodillas. "Falsas teorías se mezclarán con cada fase de la experiencia, y serán defendidas con entusiasmo satánico a fin de cautivar la mente de cada alma que no se encuentre arraigada y afirmada en un conocimiento completo de los principios sagrados de la Palabra".¹⁴

Al parecer se emplearían mecanismos psicológicos poderosos calculados para atraer a la gente hacia el carisma de personalidades humanas, y en esa forma hacer las nuevas enseñanzas tanto más atractivas. "En nuestro medio mismo se levantan falsos maestros, que prestan atención a espíritus seductores cuyas doctrinas son de origen satánico. Estos maestros atraerán discípulos para su causa. Se introducirán solapadamente, emplearán palabras lisonjeras y harán hábiles exposiciones falsas con tacto seductor".¹⁵ La gente sería atraída a un error poderoso y "una vez que acepten la carnada les parecerá que es imposible romper la seducción que Satanás ha arrojado sobre ellos".¹⁶ Los que queden así entrampados no tendrán idea de su verdadera condición, y "protestarán cuando se les haga pensar que se encuentran entrampados, y sin embargo ésa es la verdad".¹⁷

En una palabra, se trataba de algo asombroso. Era algo casi inexplicable. Gente que había disfrutado de la mayor luz religiosa en la historia, ahora estaba en peligro debido a errores que podían dejarlos entrampados y ni siquiera se daban cuenta de ello. Durante casi dos mil años los cristianos habían entonado solemnemente las advertencias bíblicas acerca de errores tan sutiles que engañarían si fuera posible a los mismos escogidos. Como Pedro, generación tras generación de creyentes había informado solemnemente al Señor que eso podría ocurrirle a otros, pero nunca a ellos, y sin embargo esa situación había llegado, y Elena de White efectuaba descripcio-

nes de una gran apostasía: "Más de una estrella que hemos admirado por su brillo se apagará. El viento arrastrará la paja como una nube, aun en lugares en los que ahora vemos únicamente sementeras de trigo".¹⁸

"¿Cuál podrá ser el fin de todo esto, me pregunto?", exclamó la Sra. White el 30 de octubre de 1905. "Una vez tras otra me he formulado esta pregunta, y siempre he recibido la misma instrucción: nunca dejéis un alma sin amonestar".¹⁹

"Nunca dejéis un alma sin amonestar". En medio de sus desafíos más profundos, la iglesia debía luchar sin perder nunca la oportunidad de presentar la verdad, de amonestar hasta la última persona que estuviera dispuesta a escuchar. Ahora la guerra se había desatado. La obra de Dios estaba siendo desafiada por algo que Elena de White llamaba el "alfa de mortíferas herejías".²⁰ Luego añadió un nuevo pensamiento. Ese no sería el último ataque de esa naturaleza. Vendría otro, que sería más traicionero para la obra de Dios.

Había llegado la apostasía alfa. Ciertamente también vendría la apostasía omega. Y Elena de White dijo: "Tiemblo por nuestro pueblo".²¹

Ω La Apostasía Omega

“¿QUE es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol”.¹

Se ha dicho que los que no logran aprender de la historia están condenados a repetir sus errores. Para los adventistas del séptimo día esa declaración es más que una frase gastada. Es una certidumbre.

“No os engañéis; muchos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios. Tenemos ahora ante nosotros el alfa de ese peligro. *La omega será de una naturaleza asombrosísima*”.²

Esa declaración fue efectuada en julio de 1904, mientras la denominación hacía frente a un conjunto de problemas cuya magnitud casi trasciende los alcances de la imaginación. La pérdida de su institución más grande y el debilitamiento de la vital obra médica. Apostasía en gran escala entre algunos de los hombres más influyentes. Herejías tan sutiles que sus implicaciones no eran reconocidas ni siquiera por los que las fomentaban. Manipulaciones legales que amontonaban riquezas en algunos sectores mientras el campo mundial luchaba por sobrevivir. Y el ataque de Ballenger que estaba por sobrevenir, que asestaría poderosos golpes a la razón misma de la existencia del adventismo. Era un tiempo cuando todas las energías de cada miembro leal de la iglesia se necesitaban para mantener a flote el barco denominacional; y sin embargo, en medio de esa crisis, Elena de White dedicó tiempo para amonestar a la iglesia acerca de un peligro que todavía se encontraba en el futuro: la apostasía omega.

“En el libro *Living Temple* (El templo viviente) se presenta el alfa de herejías mortíferas —dijo ella—. La omega seguirá y será recibida por los que no estén dispuestos a prestar atención a la amonestación que Dios ha dado”.³

La omega. Algo más sobrevendría, suficientemente parecido a la crisis actual para justificar la relación de los dos acontecimientos mediante letras tomadas de un alfabeto común (el alfabeto griego). Aparte de eso, la sierva del Señor dijo muy poco. Era una advertencia críptica, lanzada al viento de una crisis abaricante, casi como una digresión, como un don hecho al futuro, presentado en un momento cuando disponía de tiempo casi únicamente para el presente. Sin embargo Elena de White dejó algunos indicios reveladores de lo que la apostasía podría significar; y por la urgencia de su amonestación, parece esencial que tratemos de armar el cuadro.

Por el espíritu de profecía podemos saber por lo menos tres cosas seguras acerca de la omega. No formaba parte de la apostasía denominada el alfa, sino que “seguiría” posteriormente. Sería todavía más mortífera que el alfa, y constituiría un desafío tan terrible que Elena de White dijo: “Tiemblo por nuestro pueblo”. Y sería “recibida por los que no estén dispuestos a prestar atención a la amonestación que Dios ha dado”. En otras palabras, los que eligen seguir el consejo de Dios únicamente cuando conviene a sus intereses personales, al parecer serían los blancos más fáciles para ser inducidos por el engaño presentado por la apostasía omega.

Pero si examinamos la elección de símbolos efectuada por Elena de White, descubrimos que hay más de lo que podemos descifrar. En 1904 ella vio que algo alarmante estaba ocurriendo a la iglesia. Las puertas que habían estado abiertas para la entrada del Evangelio, habían comenzado a cerrarse. Aun las verdades básicas estaban siendo puestas en duda en toda forma posible. Fue una experiencia terrible, y ella admitió abiertamente que podría costarle la vida. Luego, al contemplar el futuro observó que volvería a ocurrir cerca del final del tiempo. El pueblo de Dios tenía que ser advertido, y la Sra. de White empleó una figura para describir dos eventos separados por el tiempo, pero similares en naturaleza. Al describir la gran apostasía del futuro no utilizó la letra griega que sigue a alfa. No hizo ninguna advertencia acerca de una apostasía “beta”, “gamma” o “delta”. En lugar de eso avanzó hasta el fin del alfabeto griego y eligió un símbolo que Cristo utilizó en relación con el fin. Alfa y omega. Las implicaciones son claras. Se trata de dos acontecimientos separados pero similares. Uno ocurriría al final de la historia de la humanidad. Y si uno comprende el primero también podrá reconocer el segundo.

De una cosa podemos estar casi seguros: la apostasía omega atacará las doctrinas básicas de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Casi cada apostasía mayor ha incluido uniformemente tres sectores de ataque: el santuario, el juicio investigador y el espíritu de profecía, y eso siempre en el nombre de un gran bien para la iglesia, revestido en términos tales como *reforma*. “El enemigo de las almas

ha procurado introducir la suposición de que había de realizarse una gran reforma entre los adventistas del séptimo día, y que esa reforma consistiría en renunciar a las doctrinas que están en pie como las columnas de nuestra fe y que había de comenzar un proceso de reorganización".⁴ Una apostasía semejante, advirtió ella, podría tener efectos devastadores, porque el adventismo es un sistema de verdades estrechamente relacionadas; de modo que si se ataca maliciosamente una de las doctrinas, ésta empuja a las demás y las hace caer. Los "principios de verdad" creídos durante tanto tiempo por la iglesia remanente "serían descartados". Una "nueva organización" se establecería. Se escribirían libros de una "nueva orientación". La filosofía intelectual reemplazaría las verdades fundamentales de la iglesia. El sábado sería "considerado livianamente". El nuevo movimiento sería encabezado por hombres agresivos que no permitirían que "nada se interpusiera en el camino".⁵

Era un cuadro escalofriante. Bajo el estandarte de la "nueva luz" fuerzas poderosas procurarían someter a presión a la iglesia de Dios para darle una nueva forma irreconocible. Actuarían en nombre de la reforma, olvidando que la reforma que la Biblia pide que se lleve a cabo es una reforma de la vida y no de la doctrina establecida; olvidando también la amonestación de Elena de White de que la iglesia no necesita tanto nueva luz como vivir en la luz que ya posee. Y en el proceso de cambio casi seguramente introducirían confusión acerca de una de las cuestiones más fundamentales de la iglesia: ¿Cómo debieran vivir los adventistas?

No hay nada sutil acerca del adventismo. No susurra los mensajes que tiene para el mundo, sino que los proclama a grandes voces. Comienza su tarea de amonestación hablando con voces de ángeles que gritan en medio del cielo, para usar la figura bíblica. Termina su obra con el terremoto más poderoso de la historia. Una vez que ha captado la atención del mundo, pone en alto la ley divina y proclama que el juicio divino ya ha comenzado. En una religión como ésta hay muy poco lugar para un doble juego de normas, para predicar una cosa y hacer algo diferente. El pueblo de Dios sostiene que está viviendo en el gran día antitípico de la expiación, cuando sus vidas pasan en revista final delante de Dios, y uno de los fracasos imaginables más grandes consistiría en predicar este mensaje para luego vivir la vida como si el mensaje no fuera verdadero.

Sin embargo, ése es el resultado invariable de un ataque contra el santuario o el juicio investigador. El adventismo plantea un problema inevitable a toda persona que haya tratado de reescribir la verdad adventista. El santuario y la santificación están conectados en forma indivisible. Si se ataca uno también se daña la otra. Si se remueve la verdad del santuario, con su poderoso mensaje de verdadera reforma, pronto uno se encuentra vagando en una maraña de

términos teológicos, procurando explicar por qué las obras son necesarias. Si se ataca la santificación, no podrá haber tranquilidad hasta que se remueva la obsesionante y perturbadora luz del santuario.

¿Existe una posibilidad de que esto también se repita como parte de la apostasía omega? Probablemente. Y una de las mejores claves que iluminan el discernimiento al tratar de contestar esta pregunta, la encontramos en el simbolismo utilizado por la mensajera del Señor. Recordemos que alfa y omega son dos letras de los extremos opuestos de un mismo alfabeto. Están relacionadas por algo en común, y sin embargo contemplan en direcciones opuestas. Esto contiene un grado de significación que se hace evidente cuando se reflexiona en ello.

Para comprenderlo, uno debe mirar hacia atrás a la teología de la apostasía alfa. Kellogg, a través de toda su vida proclamó firmemente su creencia en el cristianismo. Considerando esto superficialmente, aun las declaraciones de su entrevista final con los pastores del Tabernáculo de Battle Creek suenan como las palabras de un cristiano devoto; sin embargo, si llevamos la teología de Kellogg a su conclusión lógica, descubrimos que elimina la necesidad de un Salvador. Dios, sostenía él, estaba en todo: en el aire que respiramos (en forma de Espíritu Santo), en la luz del sol, aun en los prados que se extendían fuera de su hogar. Si Dios está en todo, también debería estar en el hombre; y en esta forma cada acto humano se convertiría en un acto de Dios. La divinidad se interiorizaría tanto en el ser humano, que hasta el pensamiento de un Salvador externo pierde todo sentido.

No existe un Salvador, no hay nada fuera del hombre. Esta idea, llevada a un extremo que Kellogg y Waggoner tal vez nunca comprendieron plenamente, es el mensaje final de la apostasía alfa. A esto sigue el simbolismo lógico de dos letras, que participan del tema de un alfabeto común, pero que se encuentran ubicadas en extremos opuestos. Si la apostasía alfa se encuentra en error concerniente al papel de Cristo en la salvación, y si señala en una dirección en el alfabeto griego, ¿es posible que la apostasía omega interprete mal la obra de Cristo mientras señala en la dirección contraria? Para decirlo en otra forma, ¿existe la posibilidad de que una omega de "herejías mortales" procure colocar a Cristo completamente fuera del hombre, introduciendo en esta forma confusión sobre la santificación, porque hace la salvación completamente externa?

Este es un asunto que merece la reflexión más seria. El papel y la obra de Cristo son las verdades centrales del cristianismo. Si alguien se confunde respecto a la obra de Cristo, ya sea en el santuario celestial o en la vida, entonces sucede lo que Daniells describió en forma tan adecuada: "Todo se tambalea". En 1904 se pidió a los adventis-

tas que creyeran en una nueva doctrina que colocaba la salvación en una posición enteramente interna. Se trataba de un error sumamente atrayente, perfectamente diseñado para atraer a la gente en una época de optimismo en la que todo el mundo, desde los financistas hasta los pastores, hablaban con entusiasmo acerca del progreso humano.

¿Pero qué sucedería en una época posterior, cuando un mundo desilusionado contemplara hacia atrás por encima del naufragio de su siglo, y viera solamente tierra interminable y gran depresión y luces que se apagan bajo un cielo cuya atmósfera resulta irrespirable? ¿Qué pasaría con los adventistas fatigados y desanimados, maduros para recibir algo que parecía ofrecer un camino de salida más fácil para escapar del desafío interminable? El diablo no podía esperar vender a ese grupo de personas el optimismo ilimitado de la apostasía alfa. Pero podía hacer algo más. En un mundo trastornado él podía trastornar el alfa. Podía tomar el mismo tema y enfocarlo desde el extremo opuesto. Podía buscar el final del alfabeto y encontrar la omega. Y sus palabras, derramadas sobre una iglesia cansada, podrían resonar como música: "Descansad porque la obra ha sido hecha y lo ha estado durante siglos. Nuestra única tarea consiste en creer eso".

De un solo golpe, el experto en engaño, Satanás, habría hecho retroceder el adventismo a un punto en el tiempo anterior a sus comienzos, con lo que habría hecho desaparecer el movimiento de Dios como una de esas extrañas distorsiones del tiempo que se encuentran en ciencia ficción. Porque el don único en su género que los adventistas han ofrecido al mundo es su sentido de urgencia, una certidumbre de que ocurrirían grandes acontecimientos que requieren una cuidadosa preparación. En el momento mismo de su nacimiento el adventismo produjo la más espléndida exhibición de fe y obras que se habían visto desde el Pentecostés. Los creyentes habían empujado la palabra *fe* más allá de las mayores alturas que Lutero había alguna vez concebido alcanzar; no sólo habían creído en Cristo, sino que habían esperado *verlo*, y la perspectiva de ese acontecimiento llegó a ser más real para ellos que la vida misma aquí en la tierra. Creían que pronto lo verían cara a cara, viniendo con los ángeles, testigos de mundos no caídos. No es posible aproximarse a una esperanza de esa clase con descuidada indiferencia acerca del estilo de vida personal. "Estamos preparándonos para encontrarnos con él, quien, escoltado por un séquito de santos ángeles aparecerá en las nubes del cielo para dar a los fieles y a los justos el toque final de la inmortalidad",⁶ había escrito Elena de White, y sus palabras reflejan perfectamente la urgencia de 1844. Se trataba de un tiempo solemne, un ejemplo de lo que es *realmente* creer que Jesús está por venir. Se solucionaron los problemas pendientes entre los miem-

bros. "Muchos buscaron al Señor con arrepentimiento y humillación. El apego que por tanto tiempo se había dejado sentir por las cosas terrenales se dejó entonces sentir por las cosas del cielo...

"Los obstáculos levantados por el orgullo y la reserva desaparecían. Se hacían sentidas confesiones, y los miembros de la familia trabajaban por la salvación de los más cercanos y los más queridos. A menudo se oían voces de ardiente intercesión".⁷ ¿Cuál fue el resultado? Fue un poder para dar testimonio que fue imitado en tiempos posteriores pero pocas veces fue igualado: "Había grandes multitudes que escuchaban embelesadas. Parecía que el cielo y la tierra se juntaban... Ninguno de los que asistieron a las reuniones podrá olvidar jamás escenas de tan vivo interés".⁸

Si la iglesia de Dios hubiera continuado por ese camino, nada habría habido que no hubiera podido hacer; por eso, el diablo tenía que encontrar una forma para amortiguar el impacto de ese mensaje. Para él en realidad no tenía ninguna importancia que el pueblo de Dios errara pensando que la salvación era algo enteramente interior, o si se desanimaba al final, bajo las tormentosas nubes del fin del tiempo, confiando en algo que tenía la apariencia de fe y que terminaba en el fracaso. Para él existía una sola necesidad: tenía que apartar al pueblo de Dios del plan divino de salvación.

Se trataba de una situación notablemente parecida a la que enfrentaron los israelitas junto al Jordán. Cuando obedecían a Dios eran invencibles. No hubo forma alguna en que el rey Balac pudo detenerlos, ni aun contratando a un profeta que sin proponérselo lanzaba bendiciones sobre la nación a la que se le había pedido que maldijera. *Y sin embargo había una forma de lograrlo.* El pueblo de Dios podía ser vencido si *dejaba* de actuar como su pueblo. Aunque Balaam carecía de poder para maldecir a Israel, de todos modos podía conducirlos al borde del desastre utilizando una sutil estrategia que los pondría fuera del alcance de la protección de la ley de Dios. Las bendiciones de Dios no costaban nada, pero podían perderse.

Lo mismo podía suceder con el adventismo. La iglesia de Dios ahora se encontraba junto al Jordán, el río Jordán en primavera, desbordando de agua que corría rápidamente hacia el mar Muerto, símbolo de un mundo airado a través del cual su pueblo tendría que pasar en su viaje a la patria celestial. No existía ningún medio humano que permitiera atravesar ese río violento, y sin embargo podían cruzarlo a salvo detrás del arca de Dios que contenía su ley. Ese era el mensaje único en su género del adventismo. Estaban por sobreenir grandes cambios; el mundo corría hacia los acontecimientos finales, y no había nada más importante que prepararse. Ningún grupo religioso de la historia moderna había hecho las afirmaciones que el adventismo había efectuado: afirmaciones de nuevas y grandes vislumbres de la estructura misma del cielo, donde Jesús estaba

juzgando al mundo guiándose por una norma llamada la ley de Dios. La razón de ser del adventismo se encontraba en este mensaje. Los creyentes habían alzado el arca delante del mundo y se habían dirigido hacia la ribera del Jordán, y la más impensable de todas las calamidades era que de alguna manera, en el borde mismo del río pudieran tropezar y dejarla caer.

Ese era el punto importante, y fue ahí precisamente donde Satanás eligió lanzar sus ataques contra la iglesia, justamente como Elena de White dijo que haría. Los ataques contra el adventismo siempre parecen dirigirse contra sus doctrinas características, contra las elevadas normas que Dios tiene para su pueblo, ya sea sosteniendo que los requisitos son innecesarios o diciendo que es imposible alcanzarlos y cumplirlos. Aquí era donde Canright había fracasado y había desafiado abiertamente la ley, el sábado y la inspiración del espíritu de profecía. John Kellogg se había aproximado a la misma escollera desde otra dirección, y también había naufragado en su fe con ideas no comprobadas que pretendían barrer con el juicio investigador y colocar el santuario de Dios dentro del cuerpo humano. Ballenger, Waggoner, Jones, McCoy, Conradi, todos ellos habían seguido caminos similares y habían encallado en el punto mismo en que creían ver claramente un canal de verdad. Y al hacerlo, habían demostrado sin quererlo el papel de las obras en el adventismo.

El comportamiento de los que apoyaban la apostasía alfa proporciona algunas vislumbres fascinantes de los efectos de la falsa doctrina y contiene algunas señales extremadamente útiles para reconocerla cuando reaparezca como omega. Cristo mismo había dicho que la herejía puede en algunos casos resultar sumamente difícil de detectar, especialmente cuando se la adapta hábilmente para satisfacer las modalidades de su época. Al final del tiempo, aparecerían errores capaces de engañar aun "a los escogidos", profecía que se cumplió con triste exactitud en el caso de la apostasía alfa que arrebató a muchos de los miembros del grupo selecto de los intelectuales adventistas. Así Dios proporcionó en su sabiduría un segundo medio por el cual detectar la verdad y el error: los frutos. El comportamiento humano. Los medios por los cuales la gente sale a promover las cosas que son importantes para ellos. Y los medios utilizados por los "reformadores" de 1905 constituyen una lista de comprobación cuyos puntos son señales de advertencia para reconocer el engaño final denominado omega. Encabeza la lista la misma táctica que Lucifer utilizó para introducir a la humanidad en la pesadilla del pecado. Se denomina falta de honradez.

"La contienda se tornará cada vez más violenta —advirtió Elena de White en 1898—. Una mente se dispondrá en orden de batalla contra otra mente, los planes de unos se opondrán a los planes de

otros, los principios de origen celestial chocarán contra los principios de Satanás". A continuación ella predijo las tácticas que algunos emplearían. "Hay hombres que enseñan la verdad, pero que no están perfeccionando sus caminos delante de Dios, *que están tratando de ocultar su apostasía y que animan una separación de Dios*".⁹

"En nuestro medio surgirán falsos maestros, que prestarán oídos a espíritus seductores cuyas doctrinas son de origen satánico. Estos maestros acarrearán discípulos tras de sí. *Se introducirán en forma solapada y utilizarán palabras halagadoras, y efectuarán exposiciones falsas con tacto seductor*".¹⁰ Y a continuación añadió que "teorías falsas se mezclarán con cada fase de la experiencia, y serán apoyadas con fervor satánico a fin de cautivar la mente de cada persona que no esté arraigada y fundada en el pleno conocimiento de los principios de la Palabra".¹¹

Esas predicciones se habían cumplido en forma trágica en el caso del Dr. Kellogg y del estrecho círculo de seguidores que habían apoyado sus maniobras en Battle Creek. Se habían puesto en acción maquinaciones cuidadosamente establecidas que durante un tiempo nadie había conocido fuera de los conspiradores y la mensajera de Dios, quien había visto sus reuniones secretas en visiones de noche. Para 1905 sus planes casi habían alcanzado su punto de madurez; el Sanatorio de Battle Creek iba a pertenecer sólo por poco tiempo más a la Iglesia Adventista, y Elena de White lanzó un toque de alarma a la iglesia. "Deseo hacer resonar una nota de alarma para nuestro pueblo de cerca y de lejos. Los que encabezan la obra médica en Battle Creek están efectuando un esfuerzo para obtener control de la propiedad sobre la cual, ante la vista de las cortes celestiales, no tienen ningún derecho legítimo de control... *Se está llevando a cabo una maniobra engañosa para obtener la propiedad en forma fraudulenta*. Esto está condenado por la ley de Dios. No voy a mencionar ningún nombre. Pero hay médicos y pastores que han sido influenciados por el hipnotismo ejercido por el padre de las mentiras. A pesar de las advertencias dadas, sus engaños satánicos están siendo aceptados ahora en la misma forma que fueron aceptados en las cortes celestiales".¹² Anteriormente había escrito una carta conmovedora a su hijo, quien hacía frente a la furia de la apostasía ocurrida en Michigan. "El médico se está esforzando por unir rápidamente las instituciones médicas de acuerdo con sus palabras, *en la forma como Satanás trabajó en las cortes celestiales para unir a los ángeles a quienes había inducido a unirse con su partido a fin de trabajar para crear la rebelión en el cielo*". Y luego añadió: "Me siento triste por ti, Guillermo. No deseo estar en Battle Creek. Pero mantente firme de parte de la verdad".¹³

Las mismas tácticas ahora se extendían a otras áreas. Kellogg y sus colaboradores, desenmascarados por la mensajera de Dios, dirigieron sus ataques contra ella. Promovieron dudas sutiles acerca de

la integridad de sus mensajes, lo que a menudo fue hecho por obreros quienes por razones tácticas o de empleo pretendían prestarle su apoyo. (Kellogg podía mantener embelesada a la gente inundándola con historias acerca de cómo él había "armado una trampa para la Hna. White", y de cómo sus testimonios dirigidos contra él habían sido motivados por una información inexacta provista por A. G. Daniells y por "el Llorón Guillermo White".) Elena de White vio todo esto y lo describió con desapasionada exactitud. "Algunos han estado trabajando astutamente para anular el efecto de los testimonios como advertencia y reproche, los mismos testimonios que han soportado la prueba durante medio siglo. Y al mismo tiempo niegan estar haciendo tal cosa".¹⁴

La verdad es una virtud de importancia vital. Nuestra supervivencia misma depende de ella. Cada día dependemos completamente de información exacta acerca de incluso las cosas más sencillas, como el color de una señal de tráfico o la resistencia de la viga de un edificio. Sin verdad no hay seguridad, tanto en el sentido físico como en el espiritual. Es el único canal mediante el cual Dios se comunica; y la verdad estaba siendo manipulada por hombres que pretendían poseer un mensaje de reforma para la iglesia de Dios, hombres que ni siquiera eran honrados acerca de sus verdaderas intenciones.

"Antes del desarrollo de los acontecimientos recientes, el proceder que manifestaría el Dr. Kellogg y sus asociados fue claramente delineado ante mí. El y otros planearon la forma como podían ganar los afectos de la gente. Procurarían dar la impresión de que creían todos los puntos de nuestra fe, y que tenían confianza en los testimonios. En esa forma muchos serían engañados y se pondrían de parte de los que se habían apartado de la fe".¹⁵

Todo esto conduce a otra característica de la apostasía alfa, característica que el pueblo de Dios del tiempo del fin debe conocer en forma particular y ponerse a cubierto de ella. Esa táctica es la hábil manipulación de la gente. Los dirigentes de la apostasía alfa se habían comprometido de tal modo a cambiar la iglesia que al parecer llegaron a creer que los fines justifican los medios. Trazaron planes cuidadosos para hacerse pasar por adventistas leales que creían la verdad, pero que tenían nueva luz que la propia Hna. White aceptaría si pudiera tener una vislumbre más clara de ella. Aun hombres como el Dr. David Paulson, engañado durante un tiempo por el Dr. Kellogg, creían honradamente que la nueva teología tenía el apoyo de los escritos de Elena de White, error, advirtió ella, que Kellogg trataba decididamente de propagar.¹⁶ Se trataba de una obra maestra de engaño, que como resultado produjo un núcleo de hombres brillantes e influyentes que se agruparon alrededor de un hombre y de un nuevo movimiento, aun cuando eso significaba abandonar la iglesia.

➤ Esto tiene una profunda importancia para los que procuran identificar cuál es la omega en esta época. Las verdades de Dios están de tal manera entrelazadas y su lógica es tan indiscutible, que para que una persona que la ha creído sea apartada de ella, casi siempre se requiere un estímulo muy impactante tal como el que representa una personalidad carismática. Existe una poderosa tendencia humana a ir en pos de un liderazgo fuerte, particularmente si ese líder tiene abundante carisma. Naciones enteras, millones de personas, han hecho exactamente eso, han seguido a un hombre hasta ingresar en las sombras que los rayos del sol no pueden penetrar. Se trata de una amenaza contra la que ni siquiera el pueblo de Dios está inmune. Elena de White advierte que existe una clase de personas particularmente vulnerables a esa táctica. "Hay muchas personas que no han perfeccionado un carácter cristiano; sus vidas no han sido hechas puras y sin contaminación mediante la santificación de la verdad; estas personas introducirán sus imperfecciones en la iglesia y negarán su fe, y aceptarán extrañas teorías que promoverán como si fueran verdad".¹⁷ (Aquí hay un punto que debiera explorarse más profundamente. Si un falso dirigente llega a advertir esto, comprende que las imperfecciones de la vida de sus seguidores los unen más estrechamente a él y a sus teorías, lo que constituye una poderosa motivación para inventar una teología que haga que la gente se sienta cómoda con sus errores.)

"De una mente que está influida por el gran engañador, con frecuencia irradian ideas brillantes y chispeantes. Los que escuchan y acceden llegarán a ser seducidos como Eva lo fue por las palabras de la serpiente. No pueden escuchar las seductoras especulaciones filosóficas y al mismo tiempo mantener con claridad en su mente la palabra del Dios viviente".¹⁸

Una noche de 1904, antes de salir de Washington rumbo a Berrien Springs, Elena de White recibió una visión acerca de una reunión que se estaba llevando a cabo en Battle Creek. "[El Dr. Kellogg] estaba hablando, y manifestaba gran entusiasmo acerca de su tema... Aunque en sus presentaciones disfrazó en cierto modo el asunto, en realidad estaba presentando teorías científicas relacionadas con el panteísmo.

"Después de contemplar los rostros complacidos e interesados de las personas que escuchaban, Uno que se encontraba a mi lado me dijo que ángeles malignos habían tomado cautiva la mente del orador". Elena de White añadió que ella estaba "asombrada al ver el entusiasmo con que se recibía la sofistería y las teorías engañosas".¹⁹

Era peligroso siquiera discutir tales asuntos con los dirigentes de la apostasía alfa, y eso también requería una honradez básica.

"Mientras se encuentran empeñados en discusiones sobre estas teorías, sus abogados tomarán palabras pronunciadas para oponerse a ellos, y las harán aparecer como que significan justamente lo opuesto de lo que la persona que las pronunció intentaba que significaran".²⁰ En otras palabras, aun conversar con esas personas equivalía a correr el riesgo de ser citado equivocadamente, de que se torcieran las palabras pronunciadas para hacerlas aparecer como que apoyaban las ideas de Kellogg. En esta forma los conspiradores de la apostasía alfa podían hacer aparecer que las multitudes estaban "con ellos", y que sus seguidores eran más numerosos de lo que realmente eran... Se trataba de un juego mortal llevado a cabo con reglas no ortodoxas que los dirigentes de Dios no podían usar. Era un juego realizado para ganar el control de las mentes humanas, como si se tratara de piezas en un tablero de ajedrez, con la intención final de obtener el control sobre la iglesia. Una cosa se puede decir con certidumbre: el juego del alfa se jugaba en serio y con consecuencias eternas.

Para alcanzar sus objetivos persuasivos, Kellogg y sus seguidores utilizaron algunos mecanismos psicológicos fascinantes. Con frecuencia se celebraban reuniones en la noche, y a veces hasta las horas de la madrugada, cuando los oyentes se encontraban cansados y eran menos capaces de pensar por su propia cuenta. "Los largos encuentros que el Dr. Kellogg lleva a cabo en la noche constituyen uno de sus medios más eficaces para afirmar sus puntos. Su flujo constante de palabras confunde las mentes de las personas a quienes él desea influenciar. Hace declaraciones falsas y tergiversa las palabras, y a los que discuten con él los coloca en una situación tan desventajosa que entorpece su capacidad de discernimiento. Toma sus palabras y las presenta en tal forma tergiversadas que parecen tener un sentido exactamente opuesto a la intención del que las pronunció".²¹ Elena de White le escribió angustiada, recordándole que esas mismas tácticas habían sido utilizadas antes, y habían causado la caída de la tercera parte de los ángeles celestiales. También Lucifer había utilizado hábilmente la técnica de ir de un ángel a otro, haciéndoles pronunciar declaraciones que él posteriormente repetía y tergiversaba ante otros ángeles. Se trataba de una táctica devastadora que lo hizo aparecer teniendo más apoyo del que realmente tenía, mientras al mismo tiempo servía para desacreditar a los ángeles leales a Dios, debilitando su credibilidad y con ello su influencia en favor de la verdad. Se trataba de una táctica que ni Dios tenía un medio eficaz de contrarrestar, a no ser el tiempo y la certidumbre de que algún día Lucifer iría demasiado lejos, con lo que su verdadero carácter perdería el barniz con el que lo había enmascarado.

La técnica del chisme había sido una parte de la apostasía alfa y

es un peligro contra el que la iglesia de Dios debiera estar especialmente alerta. "Aun en la actualidad ... continuará habiendo familias enteras que una vez se regocijaron en la verdad, pero que perderán su fe debido a calumnias y falsedades traídas a ellos concernientes a personas que amaron y con quienes tuvieron momentos de gratas conversaciones". Su error consistió en haber escuchado y prestado atención a esos chismes. "Abrieron sus corazones a la siembra de la cizaña; la cizaña creció entre el trigo ... y la preciosa verdad perdió su poder para ellos". Durante un tiempo, tal como aconteció con Eva, su excursión en este nuevo juego del chisme y la falsa teología produjo una extraña sensación de regocijo: "Un falso celo acompañaba sus nuevas teorías, las que endurecían sus corazones contra los abogados de la verdad, tal como les ocurrió a los judíos contra Cristo ...".

De manera que la atracción de individuos dotados de carisma, el hábil uso de conceptos que no son la verdad pronunciados contra personas que se encontraban de parte de la rectitud, y la apelación de ir en pos de personas destacadas, constituyeron poderosos factores de una apostasía que arrancó de la iglesia aun a hombres que una vez habían dado el mensaje del tercer ángel "en verdad". Se emplearon todas las estratagemas posibles para atraer la lealtad de los miembros hacia un hombre y sus ideas recubiertas de oropel, y esa técnica funcionó con un éxito asombroso. Se trata de una amenaza contra la que el pueblo de Dios debiera tomar todas las precauciones posibles para asegurarse de que no volverá a ocurrir. Y para los que se sienten atraídos por el magnetismo de una persona, que se sienten intrigados por nuevas ideas que podrían interesar aun a destacados pensadores de la iglesia, existe una advertencia derivada de lo que aconteció en 1905: "Siento temor por los hombres que se han dedicado al estudio de la ciencia que Satanás puso en práctica en su guerra en el cielo... Una vez que acepten la carnada les parecerá imposible romper la seducción que Satanás ha arrojado sobre ellos".²³

Es importante recordar que lo que realmente estaba en juego era el control de la iglesia. Si fuera posible convertir a un número suficiente de personas a la nueva teología, si las iglesias pudieran enviar a esos "convertidos" a las reuniones en las que se nombraba a los dirigentes denominacionales, si las instituciones pudieran dotarse de dirigentes leales a la apostasía alfa, finalmente la iglesia seguiría por el mismo camino, les gustara o no a A. G. Daniells y a Elena de White. De los escritos de Elena de White se desprenden abundantes evidencias de que se estaban llevando a cabo esfuerzos bien estructurados e intencionales para subvertir la organización misma de la iglesia. Notemos la elección de las palabras efectuada por la sierva del Señor en una advertencia dada por ella en junio de 1905:

"Debo advertir a todas nuestras iglesias que se pongan en guardia contra hombres que están siendo enviados a efectuar la obra de espías en nuestras asociaciones e iglesias, una obra instigada por el padre de la falsedad y el engaño".²⁴ En otro lugar previno que "en el campamento ha habido numerosos traidores disfrazados, y Cristo conoce a cada uno de ellos... A los que moran en Battle Creek deseo decir que por el bien de sus almas dejen que todos los que puedan se alejen de sus conflictos y peligros".²⁵

Los "conflictos" y "peligros" a los cuales se refería se estaban tornando agudos en 1906. En una época tan temprana como en 1902 algunos miembros de iglesia habían amenazado efectuar una demanda legal contra la iglesia para impedir la reubicación de la casa editora Review and Herald en la ciudad de Washington, distrito de Columbia. Ahora este espíritu de conflicto y coerción había vuelto a surgir. El gran tabernáculo de Battle Creek se convirtió en el punto central de una lucha por obtener el control; se inició una demanda judicial en la corte de justicia de Michigan para impedir la transferencia de la propiedad de la iglesia a la asociación adventista local. Finalmente ganaron los miembros leales de la iglesia, pero únicamente después de una lucha espectacular que duró dos años. Inclusive un diario de Chicago anunció en la primera página que la Iglesia Adventista estaba por dividirse "en dos", y echaba gran parte de la culpa a Elena de White. Este triste episodio sirvió para ilustrar otro punto identificador de la apostasía alfa: dondequiera que se hacía presente iba acompañada de problemas y contiendas.

La misma cosa se había visto en la actitud de Ballenger. Al enviar su informe desde las Islas Británicas, el pastor Farnsworth había dicho que Ballenger "ha estado hablando de estas cosas más o menos hasta que dijo que el Hno. Hutchinson de Irlanda consideraba la cuestión en la misma forma que él, y que un buen número de miembros laicos influyentes también había adoptado el mismo punto de vista. El Hno. Meredith, que tenía a su cargo la obra en Gales, dijo que un buen número de los miembros laicos de Gales se encontraban perturbados por esas ideas, y en Inglaterra del norte el Hno. Andross está teniendo serias dificultades en la iglesia de Birmingham, y también en otros lugares, con algunos de los hermanos más influyentes en relación con el tema del santuario... De alguna manera esta oscura nube de apostasía ha hecho las cosas difíciles para nosotros".²⁶ En Battle Creek, Kellogg recientemente había trabajado en forma oculta en un esfuerzo inútil pero perturbador efectuado para sacar de su cargo al presidente de la Asociación General. Existía la intención definida de cambiar la iglesia, si era posible mediante un proceso político, si era necesario mediante la subversión, lo que ha quedado muy bien expresado en las siguientes palabras de

Elena de White: "No se permitiría que nada se interpusiera en el camino del nuevo movimiento".²⁷ Se manifestaba una extraña crueldad pocas veces vista, si es que se había visto antes, en la que amistades de largo tiempo habían perdido su valor y solidez y en que desaparecían misteriosamente lealtades que habían sido tradicionales. John Kellogg había recibido ayuda financiera de los esposos White para cursar sus estudios médicos, pero ahora se volvió contra sus antiguos amigos con ataques cortantes. A. T. Jones y E. J. Waggoner, quienes habían viajado y predicado con Elena de White se olvidaron de su antigua amistad con ella y abrazaron la nueva teología. Aun Frank Belden, autor de himnos adventistas y sobrino de la Sra. White, procuró sin éxito conseguir fraudulentamente que ella emitiera un falso testimonio, y posteriormente entabló demanda legal contra miembros leales que trataban de proteger la propiedad de la iglesia. Dondequiera que fuera la nueva teología iba acompañada de problemas, generados por "las lenguas malignas y las astutas mentes, aguzadas por la larga práctica para eludir la verdad", mentes que trabajaban continuamente "para provocar confusión y realizar los planes instigados por el enemigo".²⁸

Como vimos anteriormente, otra característica de la apostasía alfa era la manera agresiva en que iba en pos de la juventud adventista. Después de imprimir su obra *The Living Temple* (El templo viviente), Kellogg envió a sus agentes a las asociaciones locales y procuró alistar a la juventud en la distribución y venta de su libro. También restableció el colegio de Battle Creek, con lo que colocó a numerosos estudiantes bajo la instrucción de sus brillantes sostenedores. Haciéndose cargo de ellos a una edad impresionable, colocándolos en un ambiente de sala de clase en el que el instructor tradicionalmente gozaba de una elevada credibilidad, esperaba conseguir un gran número de seguidores entre la nueva generación de la iglesia. Y en esa forma los proponentes de la nueva teología tendrían una poderosa segunda línea de ataque. Si no tenían éxito en la presentación de sus puntos de vista a la iglesia, solamente necesitaban esperar y entrenar pacientemente a sus estudiantes, para luego esparcirlos por el campo mundial a fin de que la estructura misma de la obra organizada comenzara a cambiar en forma imperceptible. Y así llegaría el día cuando los disidentes tendrían la influencia y los votos, tal vez, a fin de oficializar el cambio. En cierto sentido, esa pudo haber sido la más peligrosa de todas las tácticas de la apostasía. Y en este punto, la Sra. de White estaba preparada para arriesgarlo todo, incluso su propia vida. "Dios prohíbe que una sola palabra de estímulo sea pronunciada para llamar a nuestra juventud a un lugar en el que será impregnada por tergiversaciones y falsedades concernientes a los testimonios, y a la obra y carácter de los ministros de Dios.

“Mi mensaje será cada vez más definido, como lo fue el mensaje de Juan el Bautista, aunque me cueste la vida. La gente no debe ser engañada”.²⁹ A veces se hace la ruda observación de que la Sra. de White no estaba a tono con las realidades que enfrentaban los jóvenes de la iglesia, pero en 1904 ella estaba dispuesta a *morir* por ellos.

Finalmente, los que estaban envueltos en la apostasía alfa tenían otro punto en común: eran contrarios al espíritu de profecía. Esto no es difícil de comprender, porque muchas de sus ideas favoritas chocaban contra la firme oposición de Elena de White. Bajo el poder del Espíritu de Dios sus planes ocultos eran revelados con frecuencia, y sus reuniones eran observadas aun a gran distancia. Al no tener la verdad divina de su parte, tenían que recurrir a algún sustituto, y con frecuencia el recurso más fácil eran los ataques personales contra la mensajera que Dios había escogido utilizar. Esa táctica no tenía nada de nuevo; había sido usada en una época tan remota como la ocasión aquella en que Israel en Cades-Barnea, a plena vista de la nube divina, culpó a Moisés por guiarlos a través de un lugar difícil del desierto. Y el resultado, entonces como en tiempos posteriores, fue siempre separación de las bendiciones de Dios.

CAPITULO 6

“Cada Uno Tendrá que Soportar la Prueba”

ERA la una de la mañana y Elena de White se encontraba sentada, probablemente con un tablero colocado en la falda que utilizaba como escritorio, escribiendo con tanta rapidez como podía mover la pluma sobre el papel. Generalmente se levantaba antes del amanecer, pero esa mañana, cuando apenas había transcurrido una hora después de la medianoche, sintió una urgencia pocas veces experimentada. El pueblo de Dios se dirigía hacia un gran zarandeo, un gran choque con el error en el que muchos perderían el camino, y se sintió compelida a darles la última clara advertencia antes de que eso ocurriera.

Su impresión había comenzado temprano esa noche con un sueño vívido que ella comprendió que se trataba de un mensaje divino; pero dejemos que ella misma haga el relato con sus propias palabras:

“Poco después de que envié los testimonios acerca de los esfuerzos del enemigo para socavar el fundamento de nuestra fe mediante la diseminación de teorías engañosas, leí un incidente acerca de un barco que hizo frente a un iceberg en una neblina. Dormí poco durante varias noches. Me parecía estar aplastada como un carro bajo las gavillas. Una noche fue presentada claramente una escena delante de mí. Navegaba un barco en medio de una densa neblina. De pronto el vigía exclamó: ‘¡Iceberg a la vista!’ Allí, como una elevada torre por encima del barco, estaba un gigantesco iceberg. Una voz autorizada exclamó: ‘¡Hazle frente!’ No hubo un momento de vacilación. Se demandaba acción instantánea. El maquinista dio marcha a todo vapor y el timonel dirigió el barco directamente contra el iceberg. Con un crujido golpeó el témpano. Hubo una terrible sacudida, y el iceberg se rompió en muchos pedazos que cayeron sobre la cubierta con un estruendo semejante al trueno... Bien sabía yo el significado de esta visión. Había recibido mis órdenes. Había oído

Tas palabras, como la voz de nuestro Capitán: "¡Hazle frente!"... Durante los pocos días subsiguientes trabajé desde temprano hasta la tarde, preparando para nuestros hermanos las instrucciones que me fueron dadas acerca de los errores que estaban introduciéndose entre nosotros".¹

Durante un tiempo Elena de White había estado perpleja, preguntándose qué debía hacer en relación con las falsas nuevas ideas que Kellogg pretendía introducir en la iglesia. Para ella, el mayor tesoro de la tierra era la iglesia de Dios. Con frecuencia ésta erraba; muchas veces la Sra. White enviaba mensajes urgentes a dirigentes, rogándoles que iniciaran una reforma. Sin embargo su lealtad a la iglesia nunca vaciló. Y ahora parecía que hacer frente a un gran desafío provocaría una división entre los miembros de la iglesia, lo que produciría una terrible pérdida de talentos, recursos y almas. Era una decisión que a ella le resultaba sumamente difícil adoptar.

Había esperado durante muchos meses aguardando que algo que ella dijera tocara una cuerda sensible en el corazón de Kellogg y así pudiera salvarse para la causa. Pero existía una señal establecida por Dios que le indicaría cuándo había llegado el momento de no seguir postergando la confrontación. Eso sería "cuando los dirigentes de Battle Creek atacaran abiertamente los testimonios", cuando el espíritu de profecía fuera sometido abiertamente al ataque. Entonces ella dijo: "Hermanos, ahora nos encontramos frente a la situación. 'Hacedle frente' con toda la fortaleza y el poder de Dios". Se hizo frente a la situación; la iglesia salió al encuentro del enemigo, y en las palabras de Elena G. de White, que hacían alusión a la batalla de Gedeón, "los cántaros fueron quebrados y la luz brilló con claros rayos".²

La idea de una gran crisis, en la que se pierden miembros para la causa, es incongruente y sin embargo es una parte inevitable del adventismo. En alguna parte, en algún momento, se producirá un gran desafío que sacudirá a la iglesia. En esa experiencia penosa muchos se perderán, aun algunos de los pensadores prominentes. "No está lejos el tiempo cuando cada alma tendrá que hacer frente a la prueba... Más de una estrella que hemos admirado por su brillo se apagará. El viento arrastrará la paja como una nube, aun en lugares en los que ahora vemos únicamente sementeras de abundante trigo".³ Y lo que ocasionará este gran trastorno será la falsa doctrina.

"Cuando viene el zarandeo, por la introducción de falsas teorías, estos lectores superficiales, que no están anclados en ningún lugar, son como la arena movediza".⁴ La única esperanza para un tiempo como ése consiste en conocer la voluntad de Dios como está revelada en sus Escritos Sagrados. "Se aproximan rápidamente los días cuando habrá gran perplejidad y confusión. Satanás, vestido con ropajes angélicos, engañará, si es posible aun a los escogidos...

Soplará toda clase de viento de doctrina... Los que confían en el intelecto, el genio o el talento, no estarán entonces a la cabeza de las filas. No anduvieron al mismo paso que la luz". Y a continuación la Sra. White efectúa una declaración llena de alusiones trágicas: "En la última obra solemne habrá pocos grandes hombres dedicados a ella".⁵

Para no perder los alcances de los conceptos vertidos en el párrafo anterior, debemos reconocer aquí lo abaricante de la tragedia descrita. Al parecer, un engaño abrumador barrerá la iglesia, y arrastrará consigo a todos los que no se encuentran firmemente fundados, no importa cuán elevado grado de educación posean. Jesús mismo advirtió acerca de errores que, si fuere posible, "engañarían a los escogidos". Pablo predijo el advenimiento de "lobos rapaces" y advirtió que "de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos".⁶ No se trata de un error evidente, ni de ataques frontales contra la fe cristiana que empujan a los hombres fuera de la verdad; se trata más bien de una mezcla sutil de verdad y error, combinada en forma tan inteligente que la única esperanza de reconocerla es mediante la ayuda del Espíritu Santo y del estudio diligente de la verdad revelada de Dios. Será necesario negar aun las realidades evidentes presentadas por los sentidos, y caminar únicamente por fe a la luz que procede de la Palabra de Dios.

Se nos ha dicho que se producirá un gran reavivamiento justamente antes de la caída de los juicios de Dios sobre la tierra. Sabiendo esto por adelantado, Satanás "tratará de evitarlo introduciendo una falsa imitación. Hará aparecer como que la bendición especial de Dios es derramada sobre las iglesias que pueda colocar bajo su poder seductor; allí se manifestará lo que se considerará un gran interés por lo religioso. Multitudes se alegrarán de que Dios esté obrando maravillosamente en su favor, cuando, en realidad, la obra provendrá de otro espíritu".⁷

Durante generaciones nos hemos acostumbrado a suponer que todo esto ocurre mayormente fuera de la Iglesia Adventista y que nosotros, a salvo dentro del pueblo remanente, observaremos con interés pero protegidos contra el peligro. Y esa suposición puede dejarnos confundidos al pensar en qué forma los escogidos en nuestro medio podrían ser amenazados con el engaño. ¿Existe la posibilidad de que hayamos desestimado el poder del enemigo, y que la misma ilusión de un falso reavivamiento también se presente en medio del adventismo, acompañada con todas las manifestaciones sensoriales que exigen que se crea? Si contestamos esta pregunta en forma negativa, encontraremos dificultad para explicar por qué algunas de nuestras "luces más brillantes" se apagarán y se convertirán en nuestros enemigos más formidables e inteligentes. Los hombres y

plo, bajo la condición de que nunca la use para la venta de bebidas alcohólicas; si la persona llega a quebrantar la disposición, la tierra vuelve a su propietario original. Este es un ejemplo notable en la legislación humana de lo que es el mecanismo operativo del plan de salvación. El don es gratuito. En ningún sentido se podría decir que el nuevo propietario ha "ganado" esa posesión; sin embargo, si abusa de las condiciones bajo las cuales le fue transferida, puede descalificarse como propietario.

El concepto de la vida recta se encuentra indeleblemente impreso en la estructura del adventismo. Los adventistas, después de todo, afirman que poseen el mensaje final de advertencia para el mundo, un mensaje que se da con mucho más poder mediante el comportamiento que por las palabras. Cristo dijo: "Vosotros sois la luz del mundo... Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos".⁹ En la teología de Cristo no existe ninguna razón para sentirse avergonzado por las buenas obras. En el plan divino, la vida piadosa constituye uno de los medios más importantes de predicar el último mensaje de esperanza para el mundo.

Sin embargo ese tema también parece surgir como un elemento clave en la severa prueba que la iglesia de Dios experimentará en el fin, conocida por los adventistas como el zarandeo. "Tal vez algunos digan que esperar el favor de Dios por nuestras buenas obras es exaltar nuestros propios méritos. A la verdad, no podemos comprar una sola victoria con nuestras buenas obras; sin embargo, *no podemos ser vencedores sin ellas*... En toda crisis religiosa, algunos caen bajo la tentación. El zarandeo de Dios avienta multitudes como hojas secas".¹⁰ Al comienzo de la experiencia adventista, Elena de White había advertido que "mientras Dios tenga una iglesia, tendrá quienes clamarán en voz alta y que no dejarán de amonestar, quienes serán sus instrumentos para reprobarnos el egoísmo y los pecados", y ella vio que "habrá personas que se levantarán contra los claros testimonios". El resultado será trágico pero inevitable. "El zarandeo pronto ocurrirá para purificar la iglesia".¹¹

Extrañas palabras de una mujer que había pasado la vida tratando de mantener unida a una iglesia que significaba para ella más que su propia vida. Esa prueba severa no parecía estar a tono con una iglesia que había sido condicionada para creer en la importancia de la unidad. Era difícil para Elena de White; también será difícil para nosotros. Sin embargo, aun el don de la unidad, tal como los demás dones que Dios ha dado a los seres humanos, puede ser hecho objeto de abuso. La introducción de errores en la iglesia que amenazaban destruirla, y el disimulo de los mismos bajo la cobertura de la "unidad", era un problema al que Elena de White tenía que hacerle

frente en 1904. Declaró: "Debemos unirnos, pero no sobre la plataforma del error".¹² "No debemos recibir las palabras de los que vienen con un mensaje que contradice los puntos especiales de nuestra fe. Reúnen un montón de versículos y los levantan como una prueba en torno de las teorías que afirman. Esto ha sido hecho vez tras vez durante los últimos cincuenta años".¹³

Para los adventistas que deseaban evitar un gran peligro, ella tenía un consejo asombroso concerniente a las teorías que el Dr. Kellogg promovía, y que ella misma finalmente tuvo que emplear en el caso de Kellogg. El consejo era que ni siquiera debían discutirse los puntos controvertidos con las personas que, después que la iglesia había adoptado una acción oficial, insistieran en seguir su propio curso de acción. "Cuando se llevó a cabo el congreso de la Asociación General en Oakland, el Señor me prohibió mantener conversación alguna con el Dr. Kellogg. Durante esa reunión se me presentó una escena en la que veía a ángeles malignos conversando con el doctor... Parecía incapaz de escapar de la trampa".¹⁴ En 1907 escribió una carta que debía leerse en Oakland, Battle Creek, Chicago y en otras grandes iglesias: "Existe un espíritu de iniquidad que obra en la iglesia y que está procurando en toda oportunidad posible invalidar la ley de Dios... Nuestra preocupación ahora no es trabajar por las personas que, aunque tenían abundante luz y evidencia, todavía continúan en el lado de los incrédulos".¹⁵ Analizar estos asuntos con las personas que se encontraban dedicadas a practicar el error era correr el riesgo de ser tergiversado en las declaraciones que se hicieran, advirtió ella, y habló contra los que "reúnen declaraciones de mis escritos que les resultan agradables, y que concuerdan con su juicio humano, y, aislando estas declaraciones de su contexto, y colocándolas junto a razonamientos humanos, hacen aparecer que mis escritos apoyan lo que están condenando".¹⁶

La Sra. de White dio una advertencia especial contra la conveniencia de tener a esas personas relacionadas con las escuelas adventistas. "Cualquier persona que trate de presentar teorías que nos apartarían de la luz que hemos recibido acerca de la ministración en el santuario celestial, no debiera ser aceptada como maestro".¹⁷

De modo que las órdenes para la iglesia son claras, y han sido traspasadas como un legado de los pioneros en una crisis anterior, quienes fijaron los límites sin importarles lo que les costaba personalmente, y quienes, en el proceso, aseguraron que se preservaría para nuestra generación un arca de seguridad denominada la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Nueve Puntos Sobresalientes

HEMOS considerado una situación denominada la apostasía alfa que se precipitó sobre la Iglesia Adventista durante los primeros años de este siglo. Hemos visto la forma como neutralizó los esfuerzos de la iglesia en un tiempo cuando Dios había abierto el mundo para que recibiera el Evangelio. Hemos oído la advertencia de que algo todavía más peligroso afectará la iglesia algún día. Por esta razón es vitalmente importante que analicemos lo que ocurrió anteriormente para procurar reconocer las señales que puedan anunciar la aproximación de la última gran apostasía. A continuación presentamos un resumen de los puntos más importantes.

① **Engaño:** Una de las características más salientes de la apostasía alfa fue el engaño. En algunos casos se propagaban directamente cosas que no eran verdad. A veces se presentaba solamente una parte de la verdad, y en esa forma se hacía que aun la verdad causara impresiones falsas. Cierta vez Elena de White le escribió al Dr. Kellogg aconsejándolo acerca de un edificio de gran tamaño situado en Chicago. El con frecuencia citaba ese testimonio como prueba de que Elena de White estaba en error; Kellogg declaraba presumidamente que tal edificio nunca había existido, por lo que la Hna. White sencillamente se había equivocado. Lo que el Dr. Kellogg no se tomaba el trabajo de añadir era que su gente, sus seguidores de Battle Creek, habían *intentado* definitivamente construir ese edificio, y habían llegado hasta el punto de tener un juego completo de planos terminados, antes de que se detuviera el proyecto.

Particularmente la Sra. de White advirtió que algunas personas no serían honradas en relación con su creencia en el espíritu de profecía y en las doctrinas básicas de la iglesia. En visión vio grupos de personas en Battle Creek reunidas en sesiones de consulta y planeando específicamente ocultar su antagonismo hacia los escritos de ella y contra ciertas creencias fundamentales. Al ocultar de ese

modo sus verdaderos sentimientos, creían que podrían apelar con mayor eficacia a los adventistas que eran básicamente leales a la iglesia y quienes jamás los escucharían si es que revelaban desde el comienzo sus malas intenciones. Una vez y otra, durante toda la apostasía alfa, uno encuentra que la verdad era torcida con el propósito de alcanzar algún objetivo inmediato. Tal vez Elena de White lo ha expresado en forma más gráfica: "Trabajan continuamente las lenguas malignas y las astutas mentes, aguzadas por la larga práctica para eludir la verdad, para provocar confusión y realizar los planes instigados por el enemigo".¹

* En la apostasía alfa, este método también se aplicó a la tergiversación de las Escrituras y de los escritos del espíritu de profecía. En 1905, los adventistas fueron advertidos acerca de gente que "reúnen un montón de versículos y los acumulan como una prueba de las teorías que afirman... Y al paso que las Escrituras son la Palabra de Dios y han de ser respetadas, es un gran error la aplicación de ellas, si tal aplicación mueve un puntal del fundamento que Dios ha sostenido durante estos cincuenta años".²

Aun más vívida es una advertencia que ella dio acerca de la tergiversación que en el futuro se haría de sus propios escritos. "Se hallará que los que llevan un mensaje falso no tendrán un alto sentido de honor e integridad. *Engañarán al pueblo; mezclarán con su error los Testimonios de la Sra. White, y usarán su nombre para dar influencia a su obra. Seleccionan de los Testimonios los pasajes que ellos piensan poder torcer para sostener sus posiciones, y los colocan en un marco de falsedad, de manera que su error tenga peso y sea aceptado por el pueblo*".³

Resulta interesante que las personas dedicadas a tergiversar la verdad pueden creer que están absolutamente en lo cierto, y pueden actuar con una convicción que resulta impresionante. Tal fue el caso del Dr. Kellogg, y la Sra. de White advirtió a los dirigentes de la Asociación General que no se dejaran "engañar por sus declaraciones. Algunas pueden ser verdaderas; pero otras no lo son. El puede suponer que todas sus aserciones son verdaderas; pero ustedes no deben pensar que lo son, ni tampoco animarlo a pensar que se encuentra en lo cierto".⁴

2. **Desacuerdo y disensión:** La apostasía alfa ha mostrado la paradoja de hombres que pretenden poseer una nueva verdad admirable mientras al mismo tiempo han creado desacuerdo y disensión dondequiera que han presentado sus ideas. Los límites nacionales parecían no ejercer ningún efecto sobre este fenómeno que producía división en las iglesias. La congregación del tabernáculo de Battle Creek se vio envuelta en confusión. Las iglesias de Inglaterra, Escocia y Gales también entraron en conmoción cuando se introdujeron en ellas teorías que contradecían las creencias adventistas. Cristo

había dado sabiamente a la iglesia la prueba del comportamiento para comprobar la verdad o falsedad de una nueva doctrina. Si los elementos de la apostasía alfa que producen división volvieran a aparecer en el adventismo, la historia sugiere que nuestro pueblo debiera tener especial cuidado.

3. Ataque contra las creencias fundamentales: Todas las apostasías mayores han participado de la característica común de atacar las creencias más fundamentales de la iglesia adventista, entre las que se encuentran el santuario, el juicio investigador y la inspiración del espíritu de profecía. Al comienzo de este siglo Elena de White recordó que en los cincuenta años anteriores se habían efectuado esfuerzos importantes para subvertir las verdades fundamentales de la iglesia, particularmente las de la doctrina del santuario. Para los estudiantes de historia resulta fascinador observar este ataque particular repetirse cíclicamente, cada vez con nuevo fervor, como si fuera descubierto por la primera vez. Con frecuencia los proponentes de cambios presentan como razón el hecho de que aun Elena de White instó a recibir nueva luz. Pero casi nunca añaden las condiciones que ella puso para la aceptación de esa nueva luz: pedir consejo a los hermanos de experiencia, y si la iglesia organizada no encontraba valor en las nuevas ideas, abandonarlas. Y en ningún caso la "nueva luz" debía desplazar las verdades fundamentales establecidas desde hacía mucho. "Se levantarán hombres y mujeres que profesarán tener nueva luz o alguna nueva revelación, cuya tendencia será alterar la fe en los hitos antiguos... Se hará circular informes falsos y algunos caerán en esta trampa. Creerán en estos rumores y a su vez los repetirán... Por medio de esto muchas almas serán inclinadas en la dirección equivocada".⁵ En otro lugar incluyó la verdad del santuario, los mensajes de los tres ángeles, el sábado y el estado de los muertos como doctrinas fundamentales, y advirtió que Satanás procuraría convencer al pueblo de Dios de que éstas necesitaban ser cambiadas, lo cual era necesario resistir "con el celo más decidido".⁶

4. Ataque disimulado contra la estructura de la iglesia: Una de las acusaciones más asombrosas efectuadas por Elena de White era que había "espías" que hacían su obra, procurando subvertir aun la estructura básica de la iglesia.⁷ Se habían trazado planes para obtener control de las instituciones más importantes. Aun las asociaciones se encontraban amenazadas por esta táctica, dijo ella. Vio en visiones reuniones secretas en las cuales ciertas personas hacían planes acerca del mejor modo de obtener el control, ganar la simpatía del pueblo y alterar la estructura de la iglesia, y ella describió una conspiración en la cual ciertas personas se habían "unido unas a otras con el fin de apoyarse mutuamente".⁸ Aunque uno quisiera que esa situación peligrosa no se repitiese en el futuro, no existe ninguna

garantía de que no volverá a ocurrir. Es una amenaza especialmente mortal para la obra de Dios porque se lleva a cabo en forma tan solapada, extendiéndose por debajo de la superficie en calma aparente, hasta que es demasiado tarde. Si buscamos indicios de la apostasía omega, éste es un factor que no se puede ignorar con seguridad. Y hay señales que la historia nos indica que busquemos. Las luchas políticas dentro de una iglesia o asociación, como ocurrió en Battle Creek. Evidencia de movimientos bien organizados en comisiones y reuniones para elegir a los administradores que defienden doctrinas contrarias a las posiciones de la iglesia. Extensos ataques contra los que instan a mantener la lealtad a la iglesia organizada y a sus enseñanzas. Manipulación de los fondos institucionales. (Un famoso libro que atacaba el espíritu de profecía salió del Sanatorio de Battle Creek, escrito por médicos empleados por él, y el dinero para ese proyecto se obtuvo en las circunstancias más misteriosas.) Y tal vez la más desalentadora señal de todas, fácilmente visible en la apostasía alfa, es la existencia de pastores pagados por la organización, que profesan ser leales pero cuyas acciones tienden a apoyar movimientos contrarios a la iglesia. *

Todas estas son señales visibles de algo mayor. En una visión espectacular recibida en 1904, Elena de White vio la iglesia, simbolizada por un barco, que avanzaba directamente contra un témpano. Se podía ver solamente la parte superior del témpano, pero revelaba un peligro mortal por debajo de la línea de flotación. La instrucción divina fue que se hiciera frente al obstáculo y que se arremetiera directamente contra él. Se produciría un choque pavoroso que sacudiría a todos los que iban a bordo, pero el barco permanecería a flote. Si se diera al obstáculo tan sólo un golpe indirecto, se abriría un boquete por el que las aguas se introducirían en forma incontrolable. (Sólo ocho años después de darse esta ilustración, se cumplió en la realidad en el caso del trasatlántico Titanic que se consideraba insumergible.) La lección encerrada en lo que acabamos de ver resulta muy clara: muchos de los peligros que la iglesia tendrá que enfrentar se encuentran ocultos bajo la superficie, y se tiene conocimiento de ellos solamente por unos pocos indicios que constituyen la parte superior del témpano. Estas son las amenazas más mortales de todas, y en la visión de Elena de White fueron enfrentadas por la iglesia arremetiendo directamente contra el obstáculo, con toda la fuerza que aquélla podía aplicar.

(5) Esfuerzos especiales para atraer a la juventud: John Harvey Kellogg escribió un libro en el que presentaba ideas que podrían "barrer con toda la economía cristiana".⁹ Insistió en publicarlo aún después que Elena de White había advertido contra las sutilezas del panteísmo, después que la Asociación General había votado no llevar a cabo la publicación, y después que la casa editora Review and

Herald —que iba a publicar el libro— se quemó completamente. Cuando Kellogg publicó el libro por su cuenta, inmediatamente se puso en contacto con la juventud de la iglesia para que se ocupara de la distribución de su nueva teología. Efectuó todos los esfuerzos posibles para alcanzar a los jóvenes y señoritas incluyendo la reapertura del Colegio de Battle Creek contra el consejo divino, la preparación de folletos especiales dirigidos a las mentes jóvenes, y el envío de representantes que se ocuparon activamente en el reclutamiento de jóvenes para el proyecto de Battle Creek. Si hubiera tenido éxito, tal vez la historia de la Iglesia Adventista habría sido diferente. La atracción que una falsa “nueva luz” puede ejercer sobre la juventud constituye una amenaza especial contra la cual los adventistas modernos deben precaverse, y que los padres y las madres debieran procurar detectar después de volver a leer el consejo dado por Elena de White en 1906.

“Padres, mantened a vuestros hijos alejados de Battle Creek... Herejías especiosas han estado apoderándose de las mentes, y sus hilos se han entrelazado en la trama del diseño. ¿Quién es responsable de haber dado a los jóvenes y a las señoritas una educación que ha dejado una influencia seductora en sus mentes? Un padre escribe que de sus dos hijos que fueron enviados a Battle Creek, uno es ahora infiel y el otro ha abandonado la verdad.

“Cartas como ésta han estado llegando de diferentes padres. Se me ha pedido que dé esta advertencia a los padres: si sus hijos asisten al Colegio de Battle Creek, retírelos sin demora”.¹⁰

¿Cuál fue una de las causas principales de esta crisis que enfrentaron los jóvenes de Battle Creek? La actitud, manifestada por algunos dirigentes principales de ese colegio, según la cual los mensajes especiales de Dios enviados a la iglesia adventista no eran dignos de confianza.

➤ 6. Ataques especiales contra el espíritu de profecía: Pocos elementos de la iglesia atraen más el ataque de los disidentes durante la apostasía que el espíritu de profecía. “El último engaño de Satanás se hará para que no tenga efecto el testimonio del Espíritu de Dios... Satanás trabajará hábilmente en diferentes formas y mediante diversos instrumentos para perturbar la confianza del pueblo remanente de Dios en el testimonio verdadero”.¹¹ El análisis de esta declaración hace evidente la razón de este esfuerzo satánico. El engaño en el fin del tiempo será extremadamente poderoso y sutil, y se da la promesa de que “todos los que crean que el Señor ha hablado mediante la Hna. White y le ha dado un mensaje estarán a salvo de los numerosos engaños que surgirán en los últimos días”.¹² Sería asombroso si el poder satánico no se dirigiera contra esta ayuda vital para el pueblo de Dios. Sin embargo es triste el hecho de que obtiene algu-

nos de sus aliados más fuertes en el seno mismo de la Iglesia Adventista, quienes se apartan de la fe en busca de algo nuevo, y quienes fueron condicionados a hacer eso rechazando primero la verdad que Dios había colocado en su camino.

“Algunas personas han estado trabajando hábilmente para anular el efecto de los testimonios de advertencia y reproche que han soportado la prueba de medio siglo. Y al mismo tiempo niegan estar haciendo tal cosa”.¹³ Aquí se describe una paradoja. Se trata de personas que diestramente destruyen la eficacia del espíritu de profecía mientras al mismo tiempo pretenden superficialmente creer en él. Notemos que existe una diferencia entre una oposición directa y abierta, y sutiles tergiversaciones que anulan el efecto de los mensajes especiales. Podemos tener la seguridad de que los ataques contra el espíritu de profecía, ya sean directos o indirectos, formarán parte de la apostasía omega que surgirá en el fin del tiempo. Este será, después de todo, “el último engaño de Satanás”. ←

Eso encierra una gran posibilidad de desastre entre el pueblo de Dios, porque los mensajes dados a esta iglesia se alzan como una barrera entre su pueblo y numerosos peligros. “Una cosa es cierta: los adventistas del séptimo día que se agrupan bajo el estandarte de Satanás, primero abandonarán su fe en las advertencias y reproches contenidos en los testimonios del Espíritu de Dios”.¹⁴

Pero se trata de un ataque que realmente podemos esperar ver. “Se encenderá un odio satánico contra los testimonios... Satanás no podría tener un camino de acceso tan expedito para introducir sus engaños y atar las almas con sus falsedades si se escucharan y obedecieran las advertencias, los reproches y los consejos del espíritu de profecía”.¹⁵

➤ 7. Una atmósfera de ataque personal: En la apostasía alfa se advierte repetidamente una coerción autoritaria de parte de los que defienden las nuevas enseñanzas. La oposición a sus ideas despierta una reacción muy personal, que induce a responder con ataques personales. Al describir esta característica notable de la apostasía, la Sra. de White dijo que “no se permitirá que nada se interponga en el camino del nuevo movimiento”.¹⁶ Esto tiene relación con el incidente que vimos anteriormente en el cual el presidente de la Asociación General fue amenazado por un joven obrero que apoyaba ardientemente la nueva teología. Se recordará que ese obrero amenazó que si el pastor Daniells no se plegaba al nuevo movimiento, sería echado de su puesto y “arrastrado por el polvo”. Muchos, incluyendo a Kellogg y Ballenger, atacaron a Elena de White. La oposición a la apostasía alfa era la señal de ataque contra cualquier persona, incluyendo los dirigentes de los niveles más elevados de la iglesia, que se oponían a las nuevas enseñanzas. Este también es un tipo de comportamiento que los adventistas debieran tratar de detectar a medi-

da que se aproxima la apostasía omega.

8. Ataques contra las normas de la iglesia: Los principios de la Iglesia Adventista han sido siempre elevados, lo que constituye un mensaje práctico para el mundo, indicando que la humanidad pronto tendrá que comparecer ante la presencia de un Dios justo. Frecuentemente esas normas han sido atacadas por gente que pretende que los adventistas son legalistas y que procuran ganar la entrada al cielo mediante las obras. Cuando esa acusación procede de fuera de la iglesia, la mayor parte del pueblo de Dios es capaz de reconocerla sin dificultad. ¿Pero cuál sería el efecto si ese ataque procediera de dentro de la iglesia? El espíritu de profecía tiene una respuesta impactante, *dada en las palabras mismas de Lucifer en consulta con sus ángeles caídos acerca de cuál sería la mejor forma de destruir la iglesia adventista del séptimo día:*

“ ‘Por medio de los que tienen apariencia de piedad pero no conocen la eficacia de ella, podemos ganar a muchos que de otra

instan a llevar a cabo una reforma. Por eso, si el enemigo se aproxima a ellos a través de esta avenida, existe la posibilidad de que sean engañados con más facilidad, simplemente porque el “objetivo” de la nueva doctrina parece ser algo que todos siempre han deseado. La prueba para establecer la autenticidad de la reforma es sencilla: ¿Promueve la nueva enseñanza la reforma de la vida, o bien solamente cambia la verdad ya establecida?

“Satanás ha tomado todas las medidas posibles para evitar que se produzca algo entre nosotros, como pueblo, que nos reprenda, nos reproche y nos exhorta a dejar a un lado nuestros errores. Pero hay un pueblo que llevará el arca de Dios. Algunos que no querrán seguir llevando el arca saldrán de entre nosotros. Pero éstos no podrán levantar vallas para obstruir la verdad; ésta irá hacia adelante y hacia arriba hasta el fin”.¹⁹

Y en esto yace la esperanza de la iglesia de Dios, aun durante los poderosos desafíos de la apostasía omega. En ninguna parte se da la seguridad de que sea *fácil* ganar la victoria; sin embargo repetida-

“Como un Huracán Asolador”

CORRIA el año 1914. En la ciudad de Battle Creek, iluminada por el sol estival, solamente quedaban recuerdos de lo que había sido —o de lo que hubiera *podido ser*. En la intersección de las calles Washington y Main casi no quedaba ningún indicio de que la casa editora Review and Herald Publishing Company se hubiera alzado alguna vez en ese lugar, o que en los alrededores habían funcionado las oficinas de la Asociación General. El Colegio de Battle Creek que había sido reabierto con tantas esperanzas por el Dr. Kellogg, se encontraba cerrado por haber fracasado rotundamente. Los adventistas del lugar eran comparativamente pocos, y los antiguos residentes recordaban el bosque de anuncios “En Venta” que habían aparecido cuando se había deshecho la colonia adventista. Elena de White había dicho: “El mundo conocerá la razón”. Y ahora D. M. Canright había publicado una nueva edición de su libro titulado *Seventh-day Adventism Renounced* (Una renuncia al adventismo del séptimo día), y sin quererlo había asegurado el cumplimiento de la predicción de la Sra. White. He aquí algunas de las declaraciones de Canright:

“Battle Creek, Michigan, proporciona una buena ilustración del fracaso del adventismo después de una prueba considerable... Cuando me retiré en 1887, había aquí cerca de dos mil observadores del sábado, todos unidos. Con frecuencia prediqué en este gran tabernáculo cuando la totalidad de los asientos del recinto se encontraban ocupados. En el colegio enseñé una clase integrada por unos doscientos jóvenes y señoritas que se preparaban para trabajar, ya sea como pastores o como instructores bíblicos. Ahora, en 1914, el colegio se encuentra cerrado y perdido para la causa; el sanatorio se ha rebelado contra la denominación, y casi todos los administradores, médicos, enfermeras y ayudantes observan el domingo como día de reposo; las casas editoras se quemaron y los restos fueron llevados a otro lugar; la iglesia ha disminuido a unos cuatrocientos

o quinientos miembros; el tabernáculo se encuentra mayormente vacío y es un elefante en sus manos... Muchos han apostatado, han perdido su fe en todo y no asisten a ninguna iglesia. Ha sido como un huracán asolador”.¹

Habían transcurrido catorce años desde esa brillante mañana de enero del primer año de un nuevo siglo, cuando el mundo se encontraba listo y el mensaje adventista tenía la oportunidad de ser predicado en todas partes. Ahora ese día de oportunidad había pasado, y estaban por cerrarse completamente sus últimas sombras por la acción de un joven nacionalista serbio de 19 años que blandía una pistola. En Sarajevo, una ciudad de Bosnia, un chofer confundido dobló equivocadamente por una calle y condujo su limosina abierta por una calle llena de gente. En la parte de atrás del vehículo, protegida del intenso sol de verano por un quitasol, viajaba una pareja real cuya vida había sido una historia de amor clásica y para quien ese día era su decimocuarto aniversario de matrimonio. El chofer vaciló por un momento, luego trató de virar en redondo, y al hacerlo, se oyeron dos estampidos. El archiduque Francisco Fernando y su esposa se desplomaron en sus asientos; y así terminó el largo día de oportunidad para los adventistas. Se habían hecho los disparos iniciales de la Primera Guerra Mundial. Desde ese momento en adelante la iglesia tendría que trabajar en un mundo que descendía hacia las tinieblas.

Tantas lumbreras que se habían apagado. J. H. Kellogg, dirigente de la obra médica, cuyos gastos de estudiante en el colegio de medicina habían sido pagados en parte por Jaime y Elena White; Albion Ballenger, quien había decidido rehacer la verdad del santuario utilizando tratados teológicos en lugar del espíritu de profecía; los pastores A. T. Jones y E. J. Waggoner, quienes habían viajado y predicado con Elena de White; el pastor George Tenney, redactor, ministro y misionero; el pastor L. McCoy, capellán del sanatorio de Battle Creek, a los que se añadieron, se apresuró a agregar Canright, “muchas personas en posiciones importantes, como gerentes comerciales, profesores de colegio, médicos, etc. Todos estos se encuentran ahora fuera de la iglesia, y toda su influencia es ejercida contra la organización”.² La pérdida ha sido abrumadora, y al igual que el humo persistente del incendio de la Review and Herald, dejó una pregunta inquietante para la iglesia: ¿Cómo pudo ocurrir tal cosa? ¿Qué pudo haber producido una apostasía masiva entre las mentes más brillantes de la denominación?

La respuesta era cautivadoramente sencilla, y resulta interesante saber que la iglesia siempre supo cuál era. En los días pacíficos de 1898, Elena de White había advertido claramente lo que podría ocurrir. “Nunca habrá un tiempo en la historia de la iglesia cuando un obrero de Dios pueda cruzarse de brazos tranquilamente y decir:

‘Todo rezuma paz y seguridad’. La destrucción podría llegar repentinamente. Puede ser que todo funcione en una aparente prosperidad; pero Satanás está bien despierto, y está tramando y consultando con sus ángeles malignos para encontrar otra forma de ataque con la cual tener éxito. La lucha aumentará en intensidad de parte de Satanás... *Se dispondrá una mente contra otra mente, planes contra planes, principios de origen celestial contra principios de Satanás. La verdad en sus diversas fases entrará en conflicto con el error en sus formas siempre cambiantes y que si fuera posible engañará aun a los mismos escogidos*”.³ En esa declaración se encontraba la historia completa de la crisis, presentada cinco años antes de la publicación del libro de Kellogg. Satanás mismo estaba dirigiendo este ataque; el comandante en jefe de las fuerzas de las tinieblas se había apoderado del campo. La batalla se había peleado en un nivel sobrenatural, en el cual, sin la protección especial de la ayuda divina, aun las mentes más brillantes hubieran sido esparcidas como hojas por el viento otoñal. Kellogg, Jones, Waggoner, McCoy, todos habían salido a enfrentar al enemigo después de haber primero decidido anteponer su propio juicio a las advertencias de la mensajera del Señor, y en esa forma se habían privado de la única defensa que realmente importaba. En alguna parte durante el transcurso de los acontecimientos habían adquirido la seguridad absoluta de que estaban en lo correcto, de que era tiempo de escapar de un “cuerpo muerto de protecias muertas”, y ahora al dispersarse del adventismo lo habían hecho con oraciones piadosas que buscaban la bendición de Dios en su partida.

Las palabras de Elena G. de White pronunciadas en 1903 resuenan a través del valle del tiempo, palabras habladas antes de que fuera demasiado tarde para la mayor parte de ellos: “Satanás tiene sus aliados en muchos seres humanos. Y *ángeles malignos en forma humana se aparecerán a los seres humanos*, y les presentarán exposiciones tan esplendorosas de lo que podrán llevar a cabo si tan sólo escuchan su sugerencia, que con frecuencia cambiarán su contrición en desafío... El pecado ha entenebrecido la facultad de razonamiento, y el infierno está triunfando. ¿Cuándo cesarán los hombres de confiar en los seres humanos?”⁴

Ángeles malignos en forma humana. No había esperanza de sobrevivir a ese desafío solamente empleando la fuerza humana. La humanidad no tenía respuesta para la lógica de la mente de un ángel maligno, en la que los recuerdos del período previo a su caída se habían retorcido insensatamente hasta formar un engaño tan poderoso que la tercera parte de las fuerzas del cielo no había podido reconocerlo a primera vista. Todo el conocimiento y la experiencia no eran suficientes para capacitar a un hombre para hacer frente a

una trampa como esa, y John Kellogg había caminado directamente hacia ella mientras las campanas repicaban y las luces destellaban de las páginas que contenían las advertencias de Elena de White.

Una noche, al comienzo del verano de 1904, Elena de White había visto en visión una reunión que se llevaba a cabo en Battle Creek. Una cantidad de médicos y pastores asistían a ella, y escuchaban la exposición del Dr. Kellogg en la que les presentaba sus ideas, según las cuales Dios se encontraba en todas partes, sin percatarse de que estaban siendo observados en forma sobrenatural. La Sra. de White hizo notar especialmente “los rostros complacidos e interesados de los que escuchaban”, y luego su Compañero celestial se volvió hacia ella con un mensaje escalofriante. “Ángeles malignos habían tomado cautiva la mente del orador”, dijo él. Y continuó advirtiéndole que “tan ciertamente como los ángeles que cayeron habían sido seducidos y engañados por Satanás, así también lo había sido el orador bajo la instrucción espiritualista de ángeles malignos.

“Quedé asombrada al contemplar con cuánto entusiasmo se recibían las sofisterías y los engaños”, comentó la Sra. White señalando que Kellogg, envalentonado por su éxito en arrastrar a pastores y médicos hacia su causa, había convocado un concilio especial en Battle Creek con el objeto de introducir aún más profundamente sus ideas en la iglesia organizada.”⁵

Elena de White advirtió a los adventistas de Battle Creek diciéndoles: “Ustedes se complacen pensando que actúan bajo la inspiración de una motivación divina, pero algunos están siguiendo la falsa inspiración que engañó a los ángeles celestiales”.⁶ A Kellogg le dirigió la advertencia de que estaba siendo “hipnotizado” por Satanás (lo que él ridiculizó como absurdo). En octubre de 1905 ella advirtió acerca de “hombres que han entrado en el estudio de la ciencia que Satanás introdujo en la lucha en el cielo”.⁷ A pesar de estas advertencias, Kellogg y sus seguidores habían continuado propagando sus ideas con toda rapidez, y habían tranquilizado su conciencia por las aseveraciones del Dr. Kellogg según las cuales los testimonios de Elena de White no siempre eran dignos de confianza. En esa forma, finalmente habían llegado al trágico cumplimiento de otras de las profecías de la Sra. White: “Si se les permite, los ángeles malignos trabajarán con las mentes de los seres humanos hasta que no tengan pensamientos o voluntades propios... Así ocurrirá con los médicos o pastores que continúen uniéndose con el que tuvo luz, con el que tuvo amonestaciones, pero no las obedeció”.⁸

La misma triste lección había sido ilustrada en la vida de Albion Ballenger. Una noche durante una reunión de evangelismo en Londres intentó presentar el tema del santuario. Terriblemente desanimado por la forma en que había predicado, había prometido: “No volveré a predicar otra vez hasta que sepa lo que estoy predican-

do' ". Y luego había cometido un error fatal. Declaró: " 'No voy a recibir el conocimiento de nuestros libros. Si nuestros hermanos pudieron obtenerlo de las fuentes originales, ¿por qué no podría yo también?' " El pastor Ballenger estaba cometiendo el mismo error que ya había hecho el Dr. Kellogg: la suposición de que lo único que estaba envuelto en esto era el razonamiento humano, en el que la investigación de un hombre era tan buena como la de cualquier otro. " 'Consultaré los libros o los comentarios y todas las diversas fuentes de las que el pastor Urias Smith obtuvo luz acerca del tema' ", anunció, y al decir esto avanzó directamente hacia las tinieblas. No se percató de que la doctrina del santuario no se encontraba en "libros o comentarios", no se encontraba en ninguna parte a no ser en la misma Fuente consultada por ese círculo de hombres y mujeres dedicados a la oración y al estudio durante las frías noches otoñales de 1844, y en cuyo medio estaba la misma mensajera especial que ahora amonestaba a Ballenger a apartarse del camino que seguía antes de que fuera demasiado tarde. El también había elegido ignorar esa advertencia, y lo mismo que Kellogg abandonó la fe adventista para nunca volver a ella. En Riverside, California (a pocos kilómetros de la nueva escuela de medicina de la iglesia), pasó los últimos dieciséis años de su vida diciendo cosas acerca de Elena de White que, bajo un barniz de aparente caridad, servían para debilitar su aceptación como mensajera especial de Dios.⁹

"Como un huracán asolador". Canright había pronunciado esta declaración dirigida contra la iglesia de Dios, pero describe claramente las vidas de los que la habían abandonado. Se había extinguido una constelación de lumbreras adventistas, cada una a su manera, cada una unida a las demás por la tragedia común de rechazar a la mensajera de Dios en un tiempo cuando los ángeles caídos recorrían la tierra en forma humana. La iglesia y el mundo estaban entrando en una nueva era. Ahora el error de apartarse de la protección especial de Dios podía acarrear los resultados más trágicos e inmediatos.

Corría el año 1914. El pueblo de Dios había vivido durante catorce años a la luz del último día de verano de la tierra. Ahora los cielos se habían oscurecido con las primeras tormentas otoñales. A través de las llanuras vulnerables de Bélgica retumba el sonido de la artillería pesada que es llevada de un lugar a otro, una abaricante nube de polvo, una interminable línea de uniformes grises que identifica al segundo ejército del general Karl von Bülow. En Berlín las tropas entusiastas desfilan por última vez a lo largo de las calles de ladrillo; una mujer joven ataviada con una blusa frívola se introduce en sus filas, se toma del brazo de un soldado y marcha con ellos. Pocos pasos más atrás, un hombre de negocios bien vestido hace lo mismo, llevando un fusil; son rostros sonrientes que avanzan ciega-

mente hacia la terrible medianoche de Marne y Verdún, hacia una pesadilla nunca vista antes, a no ser por una mujer iluminada por Dios, quien años antes había rogado a la iglesia que entrara en acción. "Pronto habrá muerte y destrucción, aumento de los delitos y acciones crueles y perjudiciales contra los ricos que se han exaltado contra los pobres. Los que no tengan la protección de Dios no encontrarán seguridad en ningún lugar o posición. Instrumentos humanos están siendo entrenados y están utilizando su capacidad de invención para poner en acción la maquinaria más poderosa para herir y matar... Esparzamos los recursos y los obreros".¹⁰

Una vez hubo luz abundante, un momento dorado lleno de oportunidad para el pueblo de Dios, que se perdió debido a que un enemigo hábil tuvo éxito en apartar su atención del único mensaje que realmente tenía que dar. Y de esa tragedia surge solamente una pregunta que realmente interesa: ¿Permitiremos que vuelva a suceder lo mismo?

Referencias

Introducción

* E. G. White, *Testimonies for the Church* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1948), vol. 8, p. 50.

Capítulo 1

* E. G. White, *Testimonies*, vol. 8, p. 190.

* Milton Hook, *Flames Over Battle Creek* (Washington D. C.: Review and Herald Pub. Assn.,

- 1977), p. 98.
²Medical Missionary, octubre de 1895.
³E. G. White, *Special Testimonies*, serie A, N.º 11, p. 21.
⁴Medical Missionary, mayo de 1899.
⁵Id., febrero de 1906. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
⁶General Conference Bulletin, 18 de abril de 1901, pp. 316-317.
⁷E. G. White, *Carta N.º 3*, 1900.
⁸E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 6, p. 3.
⁹E. G. White, *Testimonies*, vol. 8, pp. 190-191.
- Capítulo 2
¹E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 6, p. 5.
²Id., p. 9.
³Id., p. 26.
⁴E. G. White, *The Battle Creek Sanitarium Food Idea*, vol. 1, N.º 1, 15 de noviembre de 1902.
⁵General Conference Bulletin, 2.º trimestre de 1901, p. 497.
⁶J. H. Kellogg, *The Living Temple* (Battle Creek, Mich.: Good Health Pub. Co., 1903), p. 52.
⁷W. A. Spicer, *How the Spirit of Prophecy Met a Crisis*, p. 21 (ver documentos de la Corporación E. G. White, archivo 15 C).
⁸E. G. White, *Manuscrito N.º 44*, 1905.
⁹E. G. White, *Carta N.º 233*, 1904.
¹⁰D. M. Canright, *Seventh-day Adventism Renounced* (Nueva York: Fleming H. Revell Co., 1889), p. 117.
¹¹Id., p. 413.
¹²Archivo de documentos, 351. Carta fechada el 5 de julio de 1970.
¹³W. A. Spicer, *How the Spirit of Prophecy Met a Crisis*, p. 21 (ver documentos de la Corporación E. G. White, archivo 15 C).
¹⁴E. G. White, *Testimonies*, vol. 8, p. 97.
- Capítulo 3
¹B. P. Fairchild, citado en una carta a A. L. White, 4 de diciembre de 1965.
²E. G. White, *Testimonies*, vol. 8, p. 96.
³E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 6, p. 56.
⁴A. G. Daniells, *The Abiding Gift of Prophecy* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1936), p. 336.
⁵E. G. White, *La educación* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1974), p. 264.
⁶A. G. Daniells, *op. cit.*, p. 336.
⁷Id.
⁸E. G. White, *Carta a S. N. Haskell*, 28 de noviembre de 1903.
⁹A. G. Daniells, *op. cit.*, p. 341.
¹⁰E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 2, pp. 21-22.
¹¹L. H. Christian, *The Fruitage of Spiritual Gifts* (Washington D. C.: Review and Herald Pub. Assn., 1924), pp. 291-292.
¹²A. G. Daniells, *op. cit.*, pp. 336-337.
¹³E. G. White, *El conflicto de los siglos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1977), p. 478.
¹⁴Id. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
¹⁵E. G. White, *Testimonies*, vol. 2, p. 355.
¹⁶E. G. White, *Joyas de los testimonios* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1953), t. 1, p. 243.
¹⁷E. G. White, *Patriarcas y profetas* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1975), pp. 76-77.
¹⁸Id., p. 77.
¹⁹E. G. White, *Joyas de los testimonios* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1971), t. 3, p. 290.
²⁰E. G. White, *Palabras de vida del gran Maestro* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1971), p. 266.
²¹E. G. White, *El conflicto de los siglos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1977), p. 543.
²²Id., p. 544.
²³E. G. White, *Mensajes selectos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1969), t. 1, p. 448.
²⁴E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 7, p. 37.
²⁵E. G. White, *El conflicto de los siglos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1977), p. 544.

- ²⁶E. G. White, *Carta N.º 211*, 1903.
²⁷E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 2, p. 23.
- Capítulo 4
¹A. G. Daniells, *Carta a W. C. White*, 16 de marzo de 1905.
²Id.
³Id.
⁴E. G. White, *Manuscrito N.º 59*, 1905.
⁵A. F. Ballenger, *The Nine Theses*, pp. 1, 4.
⁶E. G. White, *Manuscrito N.º 62*, 1905.
⁷Id.
⁸A. F. Ballenger, *Cast Out for the Cross of Christ* (Tropico, Calif.: A. F. Ballenger, n. d.), p. 112.
⁹E. G. White, *Manuscrito N.º 145*, 1905.
¹⁰Id. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
¹¹E. G. White, *Testimonies*, vol. 2, p. 171.
¹²E. G. White, *Carta N.º 201*, 1899.
¹³E. G. White, *Manuscrito N.º 145*, 1905. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
¹⁴E. G. White, *Manuscrito N.º 94*, 1903.
¹⁵Id.
¹⁶E. G. White, *Carta a los Hnos. Daniells, Prescott, y asociados*, 30 de octubre de 1905 (Colección J. H. N. Tindall).
¹⁷Id.
¹⁸E. G. White, *Testimonies*, vol. 5, p. 81.
¹⁹E. G. White, *Carta a los Hnos. Daniells, Prescott, y asociados*, 30 de octubre de 1905 (Colección J. H. N. Tindall).
²⁰E. G. White, *Mensajes selectos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1969), t. 1, p. 233.
²¹E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 2, p. 53.
- Capítulo 5
¹Ecl. 1:9, versión Reina-Valera, revisión 1960.
²E. G. White, *Mensajes selectos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1969), t. 1, p. 231. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
³Id., p. 233. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
⁴Id., pp. 238-239.
⁵Id., p. 239.
⁶E. G. White, *Testimonies*, vol. 2, p. 355.
⁷E. G. White, *El conflicto de los siglos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1977), pp. 418-419.
⁸Id., p. 349.
⁹E. G. White, *Special Testimonies*, serie A, N.º 11, pp. 5-6. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
¹⁰E. G. White, *Manuscrito N.º 94*, 1903. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
¹¹Id. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
¹²E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 7, p. 30. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
¹³E. G. White, *Carta a W. C. White*, 5 de agosto de 1903. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
¹⁴E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 7, p. 31. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
¹⁵E. G. White, *Carta N.º 328*, 1906. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
¹⁶E. G. White, *Carta a S. N. Haskell*, 28 de noviembre de 1903.
¹⁷E. G. White, *Manuscrito N.º 145*, 1905. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
¹⁸E. G. White, *Mensajes selectos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1966), t. 1, p. 230.
¹⁹E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 6, p. 41.
²⁰Id., p. 42.
²¹E. G. White, *Carta N.º 259*, 1904.
²²E. G. White, *Special Testimonies*, serie A, N.º 11, pp. 9-10.
²³E. G. White, *Carta a los Hnos. Daniells, Prescott, y asociados*, 30 de octubre de 1905 (Colección J. H. N. Tindall).
²⁴E. G. White, *Special Testimonies*, serie A, N.º 12, p. 9. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)
²⁵Id., serie B, N.º 7, p. 15.
²⁶A. G. Daniells, *Carta a W. C. White*, 16 de marzo de 1905.
²⁷E. G. White, *Mensajes selectos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1969), t. 1, p. 239.
²⁸Id., p. 228.

¹⁰ E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 7, p. 34.

Capítulo 6

¹ E. G. White, *Mensajes selectos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1969), t. 1, pp. 239-240.

² E. G. White, *Carta N.º 328*, 1906.

³ E. G. White, *Testimonies*, vol. 5, p. 81.

⁴ E. G. White, *Testimonios para los ministros* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1977), p. 112. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)

⁵ E. G. White, *Testimonies*, vol. 5, p. 80.

⁶ Mat. 24:24; Hech. 20:29-30, versión Reina-Valera, revisión 1960.

⁷ E. G. White, *El conflicto de los siglos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1977), p. 517.

⁸ E. G. White, *Mensajes selectos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1969), t. 1, p. 54.

⁹ Mat. 5:14, 16, versión Reina-Valera, revisión 1960.

¹⁰ E. G. White, *Testimonies*, vol. 4, p. 89.

¹¹ E. G. White, *Spiritual Gifts* (Battle Creek, Mich.: Review and Herald Pub. Assn., 1860), vol. 2, p. 284.

¹² E. G. White, *Carta al Dr. W. H. Riley*, 3 de agosto de 1904.

¹³ E. G. White, *Mensajes selectos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1969), t. 1, p. 189.

¹⁴ E. G. White, *Carta a S. N. Haskell*, 28 de noviembre de 1903.

¹⁵ E. G. White, *Manuscrito N.º 125*, 1907.

¹⁶ E. G. White, *Carta a G. C. Tenney*, 29 de junio de 1906.

¹⁷ E. G. White, *Manuscrito N.º 125*, 1907.

Capítulo 7

¹ E. G. White, *Mensajes selectos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1969), t. 1, p. 228.

² *Id.*, p. 189.

³ E. G. White, *Testimonios para los ministros* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1977), p. 42. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)

⁴ E. G. White, *Carta N.º 138*, 1902.

⁵ E. G. White, *Counsels to Writers and Editors* (Nashville, Tenn.: Southern Pub. Assn., 1946), pp. 49-50.

⁶ *Id.*, p. 31.

⁷ E. G. White, *Manuscrito N.º 79*, 1905.

⁸ E. G. White, *Carta a G. C. Tenney*, 29 de junio de 1906.

⁹ E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 7, p. 37.

¹⁰ E. G. White, *Manuscrito N.º 20*, 1906.

¹¹ E. G. White, *Mensajes selectos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1969), t. 1, pp. 54-55.

¹² E. G. White, *Carta N.º 50*, 1906.

¹³ E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 7, p. 31.

¹⁴ E. G. White, *Selected Messages*, t. 3, p. 84.

¹⁵ E. G. White, *Mensajes selectos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1969), t. 1, p. 55.

¹⁶ *Id.*, p. 239.

¹⁷ E. G. White, *Testimonios para los ministros* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1977), p. 474. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)

¹⁸ E. G. White, *Mensajes selectos* (Mountain View: Pacific Press Pub. Assn., 1969), t. 1, p. 238.

¹⁹ E. G. White, *Testimonios para los ministros* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1977), p. 411.

²⁰ E. G. White, *Testimonies*, vol. 3, pp. 302-303.

²¹ *Id.*, vol. 5, p. 136.

Capítulo 8

¹ D. M. Canright, *op. cit.*, p. 411.

² *Id.*, p. 412.

³ E. G. White, *Special Testimonies*, serie A, N.º 11, p. 5. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)

⁴ *Id.*, serie B, N.º 7, pp. 21-22. (La cursiva ha sido añadida por el autor.)

⁵ *Id.*, N.º 6, p. 41.

⁶ *Id.*, serie A, N.º 12, p. 1.

⁷ E. G. White, *Carta a los Hnos. Daniells, Prescott, y asociados*, 30 de octubre de 1905 (Colección J. H. N. Tindall).

⁸ E. G. White, *Special Testimonies*, serie B, N.º 6, pp. 42-43.

⁹ E. E. Andross, *Estudio Bíblico N.º 11*, 13 de julio de 1911, pp. 13-14. (Archivo de documentos 178.)

¹⁰ E. G. White, *Testimonies*, vol. 8, p. 50.